



L

Y quedó Moctezuma admirado de ver la lengua de Marina hablar en castellano y cortar la lengua, según que informaron los mensajeros al rey Moctezuma; de que quedó bien admirado y espantado Moctezuma se puso cabizbajo a pensar y considerar lo que los mensajeros le dijeron.

Hernando Alvarado Tezozomoc

studio

Lenguas, farautes y traductores en el encuentro de los mundos.

Apuntes para una historia de la comunicación lingüística en la época de los descubrimientos en la América protohispana.

Miguel A. Vega Cernuda

A MODO DE INTRODUCCIÓN. LA CONTRIBUCIÓN DE LOS TRADUCTORES A LA HUMANIZACIÓN DEL ENCUENTRO. No se entienda este trabajo como un intento de exponer los rendimientos positivos de la cultura española en América, que sin duda los tuvo. Solo pretende destacar los servicios que los traductores¹ e intérpretes de uno y otro bando rindieron a la comunicación entre los diversos pueblos que se encuentran a partir de octubre de 1492.

A pesar de ello, corremos el peligro de ser desvirtuados en nuestra intención, pues, hoy en día, cualquier reivindicación de la labor de la cultura española en la América hispana corre serio riesgo de ser tachada de retrógrada, partidista e, incluso, ¿por qué no? de fascista, descalificación barata y productiva si las hay. En el contexto de a-crítico "pensamiento crítico" actualmente en boga siempre tendrá más favorable acogida, por ejemplo, un trabajo laudatorio del genio militar del caudillo árabe Al Mansur que otro sobre la labor misionera de Bernardino de Sahagún. El tratamiento demagógico e ideologizado del tema la Conquista (y, en general, de la Historia de España: Reconquista, Isabel la Católica, Felipe II, Don Carlos, Inquisición, los moriscos, Menéndez Pelayo, Guerra Civil, etc.) vende mucho más que la observación objetiva de los hechos históricos o la valoración de auténticos rendimientos culturales. La "industria" y el "comercio" del hispanismo, practicado sobre todo por historiadores británicos y americanos, con la anuencia de la rama española (que ve impávida como se definen dogmas hispánicos en nuestras cátedras de invierno y, sobre todo, en las de verano, bastante más rentables, por parte de los Preston y compañía, convertidos en los pontífices natos de la "hispanomanía" en curso), tiene en el tema Descubrimiento uno de sus hitos de venta. Recientemente Kamen se ha despachado con la

novedosa tesis de que no hubo conquista española en América. Todo habría sido producto, más o menos, de la casualidad y de la colaboración inglesa: ¡chapeau! Bien es verdad que los mediáticos historiadores peninsulares -sin considerar las excrecencias pseudohistóricas, bien escritas en ocasiones, de un Goytisolo²- no les van a la zaga en la explotación crítica -también comercial- del asunto. R. Piqueras, por ejemplo, paladín de una supuesta desmitologización de la historia española, en un libro paradigmático por su flagrante inutilidad (*La conquista de América. Antología del pensamiento de Indias*) compone, con textos absolutamente descontextuados, lindezas tales como una en la que G. Benzoni -autor italiano, como se sabe, de nula imparcialidad y abierta desfachatez- convierte la expresión de un indio integrado ("Desde que me he hecho cristiano, he aprendido a jurar por Dios, por la cruz y por los Evangelios, y a blasfemar... etc.) en paradigma de los efectos de la "culturización" española. U otra en la que un pasaje de la obra del benemérito Bernardino de Sahagún sobre la idolatría ("Necesario fue destruir las cosas idolátricas y todos los edificios..." etc.) se transforma en el juicio atrevido del novel y efímero pensador de la historia en la "justificación del genocidio". Normalmente al poder indígena, que en su ejercicio practicaba una destrucción semejante o mayor a la de los "conquistadores", no se le aplica ninguna condena histórica y más bien se le presenta como un orden político legítimamente constituido a lo largo y ancho de América y basado en un derecho legítimo de conquista. Urs Bitterli, por ejemplo, se expresa de esta manera: «El desprecio del derecho de soberanía indio, desprecio basado en el hecho del descubrimiento y en la superioridad

² Con frecuencia, una izquierda rencorosa con la propia historia se ha convertido en la más ferviente denostadora de nuestro pasado, creyendo que así hace un servicio a la propia autocomprensión. De este vicio del hispanismo antiespañol pecaron muchos de los exilados que con él creían minar las bases ideológicas del régimen instaurado en el 36. El caso del escritor barcelonés es un ejemplo paradigmático de ese vicio que la crítica cultural ha dado en llamar *Selbsthass*. Que es una manera de ocultar el odio al prójimo o a cierto prójimo.

¹ No se ha utilizado el término dragomán o trujamán porque apenas aparece en la bibliografía de la época; más bien se utiliza el de "lengua" y, en menor grado, el de faraute, término este que ha utilizado principalmente Hernán Cortés. El término más corriente, el de "lengua", es de género femenino.

militar, caracteriza el comportamiento colonial de todas las potencias europeas³. ¿Acaso no se basaba la soberanía de los imperios precolombinos en el desprecio al derecho de soberanía de los restantes pueblos sometidos? En este sentido del doble rasero van los juicios emitidos por el juicioso y ponderado meso-americanista mejicano León-Portilla en algunos de sus trabajos (*El reverso de la conquista*. Méjico, 1964; *Visión de los vencidos*. Madrid, 2000)⁴. No habría más que acudir a la crónica del mejicano Ixtlilxochitl (*Historia de la nación chichimeca*⁵) para comprobar que las barbaridades de los conquistadores –que no de los españoles, si queremos llevar si no, la corrección política, si la exactitud histórica a sus últimas consecuencias– se quedaban tamañas frente a las cometidas por los dominadores indígenas, que reducían al súbdito, según Roger Bartra (*Marxismo y sociedades antiguas. El modo de producción asiático y el México prehispánico*. Méjico, 1975) a un estado de pura animalidad (“reducido a funciones animales, animalizado”⁶). Germán Vázquez, editor de la obra de Ixtlilxochitl, hace una afirmación que, en nuestra opinión, responde a una observación certera de los datos:

“Nacidos del dolor y de la guerra, los Estados protagonistas del nuevo periodo –el Posclásico– no basarán el poder en la religión, sino en el militarismo”.⁷

Tiene razón S. Fanjul, ponderado arabista español, cuando se expresa, enfáticamente pero con buen criterio, sobre el tema:

“pero ¿desollar vivos a los prisioneros chancas o yungas por cientos, por miles y rellenar los cueros con cenizas, como nos refieren Pascual de Andagoya o Cieza de León, está legitimado por ser el poder incaico el autor?”.⁸

³ U. Bitterli, *Die Entdeckung Amerikas*. Múnich, 1999, p. 16. La traducción es nuestra.

⁴ Afirmar, como hace León-Portilla en su *Visión de los vencidos*, que en el Méjico pre-hispánico la educación era universal y obligatoria es ver con los cristales de una arcádica Edad de Oro lo que no era más que un adoctrinamiento semejante al de la enseñanza religiosa en Europa.

⁵ Nacido hacia 1580, era descendiente de la nobleza tezcocana y en cuanto tal había sido educado en el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, establecido por los franciscanos.

⁶ Citado según Germán Vázquez en “Introducción” en Fernando de Alva de Ixtlilxochitl. *Historia de la nación chichimeca*. Historia 16. Madrid, 1986, p. 11.

⁷ *Ib.*, p. 12.

⁸ *Al-Andalus contra España. La forja del mito*. Siglo XXI, 2002, p. XXXVIII.

Personalmente suscribimos la conclusión de este autor que podemos hacer valer como juicio equilibrado sobre el asunto:

“Y se olvida que cuando este país [España] desempeñó un papel a escala universal – pese a sus yerros e insuficiencias– desarrolló una amplísima labor de conservación y estudio de otras manifestaciones culturales que sin los Sahagún de turno se habrían perdido, como fruto –paradójicamente– de la misma colonización americana, pues a ellas nos referimos: lenguas enteras, códices, tradiciones, recuerdos históricos, etc.”.⁹

Ni la actividad interpretativa de las “lenguas” ni los trabajos de recuperación por parte de los misioneros y a través de la traducción de las antigüedades lingüísticas indígenas figuran todavía, salvo raras excepciones, en las modernas exposiciones históricas de la Conquista, la Exploración o la Misión. Ni siquiera el hispanófilo C. Lummis en *Los exploradores españoles del siglo XVI*¹⁰ prestó mayor atención a esta labor de recuperación cultural. Parece como si todas estas operaciones de “relación internacional” se hubieran llevado a cabo de manera automática y al margen del hecho fundamental que supone cualquier relación humana: lo lingüístico. Se tiene la sensación de que en esa relación que se establece en 1492 no hubieran contado de manera decisiva, tanto en las comprensiones como en las incomprensiones, la comunicación lingüística. Podríamos enumerar un sinfín de exposiciones de sesudos historiadores que, planteándose los más diversos aspectos (sociales, económicos, religiosos, etc.) del tema para dar una visión integral del mismo, no hacen la mínima mención al más importante de ellos: la comunicación a través del lenguaje natural. En general, la historiografía no ha sabido darse cuenta de este condicionamiento de las relaciones humanas. El del Descubrimiento es un caso más del hábito historiográfico de eliminar lo lingüístico –a cambio de sobrevalorar lo político, lo económico, lo religioso o lo militar– del campo de sus consideraciones, como si este factor antropológico no hubiera sido un condicionante de los sucesos. El Descubrimiento y la Conquista ponen de manifiesto la poca importancia que la historia y la sociedad en general han dado a la actividad (“la actividad más democrática”, según el novelista austriaco Hermann Broch) y la profesión del

⁹ *Ib.*, p. XXXI.

¹⁰ Porrúa, Méjico, 1983.

traductor. Pocas monografías implican la mediación lingüística en su argumentación historiográfica. Así, por ejemplo, la benemérita obra de Jacques Lafaye *Los conquistadores. Figuras y escrituras* hace una breve relación de “figuras” de la conquista, en la que, por supuesto, no aparece la del traductor¹¹. Por el contrario, las relaciones, los memoriales y anales, las “décadas” y las cartas de los historiadores españoles que dan testimonio de los sucesos que van empedrando el camino de ese “encuentro” –más bien habría que llamarlo encontronazo–, tienen en cuenta este factor que, sin duda, tuvo que ser decisivo y que, si hubiera podido estar mejor preparado –también lingüísticamente–, habría podido suavizar las, en ocasiones, brutales relaciones entre ambos mundos, en las que unos fueron los ganadores y otros los perdedores. Fue el mismo proceso que se dio en el siglo XII con la conquista árabe del Mediterráneo (de España, también), la de Bizancio por los turcos o la de Córcega por parte de Francia.

Hora es ya de reivindicar el papel que desempeñaron los mediadores lingüísticos en el Descubrimiento, papel que, por cierto y el contrario, son muy tenidos en cuenta por los historiadores que escriben desde la inmediatez cronológica. Anticipándonos a las conclusiones que se puedan sacar del análisis de los hechos que a continuación exponemos, cabe afirmar que esta actividad traductora fue garantía de un trato más justo a los unos por parte de los otros¹². Sin embargo, repetimos, las exposiciones históricas modernas no parecen dar ninguna importancia a este hecho y a sus protagonistas.

Es una historiografía, la española de la Conquista, que hace justicia a los humildes servidores de la palabra, a los peones de esta noble actividad versora o interpretativa. Sirva solo una prueba de esta atención “filológica” de la crónica española de la Con-

quista. Cuando el historiador y cronista de Indias Antonio Solís y Rivadeneira¹³, pasado ya más de siglo y medio de la Conquista, escribe su *Historia de la conquista de Méjico*, da todavía noticia de los intérpretes que sirvieron de mediadores en diversos lances de esta conquista y pacificación. Al relatar las expediciones de Grijalva, en uno de los encuentros de este con los indígenas del Yucatán, Solís y Rivadeneira menciona el nombre de los farautes que actúan de intérpretes de los unos, los castellanos –en son de una paz que no logran transmitir– y de los otros, los indígenas, que se aprestan a defenderse:

*“Mandó el general que ninguna disparase ni hiciese demostración que no fuese pacífica; y a ellos les debió ordenar lo mismo la admiración (...) siguióle¹⁴ parte de su gente, con más diligencia que peligro. Púsola en escuadrón, arbolóse la bandera real y hechas aquellas ordinarias solemnidades que siendo poco más que ceremonias se llamaban actos de posesión, trató que entendiesen aquellos indios que venía de paz y sin ánimo de ofenderlos. Llevaron este mensaje dos indios muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatán y tomaron, en el bautismo, los nombres de Julián y Melchor. Entendían aquella lengua de Tabasco por ser semejante a la de su patria y habían aprendido la nuestra, de manera que se daban a entender con alguna dificultad. Pero donde se hablaba por señas, se tenía por docta su corta explicación”.*¹⁵

INCOMUNICACIÓN Y TRADUCCION EN EL ENCUENTRO DE ESPAÑA CON LOS MUNDOS AMERICANOS. Conviene recordar que el Renacimiento abre una época de descubrimientos geográficos que ponen en contacto mutuo a heterogéneos grupos humanos. Los viajes de Marco Polo por tierras del Extremo Oriente y los posteriores portugueses y españoles han dependido de la actuación de un tipo profesional nuevo, el del traductor e intérprete, ya que tendían puentes entre pueblos de lenguas y culturas mutuamente extrañadas. Anteriormente, durante la Edad Media europea, los encuentros de los pueblos –las peregrinaciones, por ejemplo– o de sus caudillos se desarrollaban en unas condiciones en las

¹¹ Bien es verdad que en el apartado “escrituras de Indias” recoge las ordenanzas referentes a intérpretes de lenguas amerindias (Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1999).

¹² Cuando al final de la última guerra mundial (1945), se reunieron, en la Fürtherstrasse nuremburguesa, las potencias aliadas con el objeto de juzgar los crímenes de guerra perpetrados por los jefes nazis, la traducción se mostró pieza fundamental de las relaciones en un mundo en el que, según estimaciones realistas, se hablan más de 3.000 lenguas: el servicio de interpretación dio garantía a los acusados y a los acusadores de la exactitud de sus declaraciones y actuaciones jurídicas. Esa función de garantes de un mundo más justo fue la que desempeñaron los traductores en el Encuentro de los dos mundos.

¹³ Este extraordinario historiador había nacido en Alcalá de Henares en 1610 y, tras estudiar en Salamanca e intentar fortuna con la escritura de comedias (*Amor y obligación*), llegaría a ser, en el reinado de Felipe IV, cronista mayor de Indias. Su historia, escrita en los años 80 del siglo XVII demuestra una concepción literaria del género que no menoscaba la exactitud y el rigor científico.

¹⁴ Hemos añadido los acentos a los originales cuando la ausencia de estos podía originar alguna ambigüedad en la lectura. La ortografía y la sintaxis han sido respetadas.

¹⁵ Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de Méjico*. Plus Ultra, Buenos Aires, 1992, p. 190.

que el poliglotismo, la *lingua franca* –el latín– y el cristianismo daban un ambiente común de posible comprensión mutua. Sin embargo, los contactos que se producen a partir de los viajes de Marco Polo, Vasco de Gama y de Colón se realizan bajo condiciones de comunicación totalmente distintas. Ni el medio ambiente, poblado de reales de gran diversidad, ni los implícitos culturales de los idiomas en contacto ni los horizontes lingüístico de la población europea posibilitaban la conversación y la comunicación con los pueblos descubiertos. Se pretende trascender lo propio sin moverse de sí mismo y se intenta alcanzar la alteridad desde la mismidad, que todavía se afirma de manera absoluta. Al faltar el vehículo de la transcendencia de la mismidad –la palabra común–, son los intérpretes, las “lenguas” y los traductores los que irán construyendo y tendiendo puentes entre las palabras de unos y otros a través de los signos. Un ejemplo del proceder empírico de estos intérpretes nos lo proporciona López de Gómara, en su *Historia general de las Indias*, que relata cómo procede Francisco de Montejo, conquistador del Yucatán, en sus adquisiciones lingüísticas:

“como no tenía lengua ni entendía ni era entendido y, así estaba con pena. Meando un día tras una pared, se llegó un isleño y le dijo chuca va, que quiere decir “¿Cómo se llama?”. Escribió luego aquellas palabras para que no se le olvidasen, y preguntando con ellas por cada cosa, llegó a entender a los indios, aunque con trabajo”.¹⁶

Este mismo cronista nos da noticia de que no siempre esos primeros acercamientos lingüísticos tuvieron éxito. Relatando la visita de descubierta que hace Fernández de Córdoba a Yucatán, escribe:

“Un poco más adelante hallaron algunos hombres, que preguntados cómo se llamaba un gran pueblo allí cerca, dijeron tectetan, tectetan, que vale por no entiendo. Pensaron los españoles que se llamaba así, y corrompiendo el vocablo, llamaron siempre Yucatán, y nunca se le caerá tal nombradía”.¹⁷

Según el relator de Michoacán, el nombre de “tarasco” derivaría de un episodio incidental de la conquista, que aludiría a la falta de normalización lingüística y a la necesidad de un vocabulario mestizo surgido de la ocasión:

¹⁶ López de Gómara, *Historia General de las Indias*. Orbis, Barcelona, 1985, p. 89.

¹⁷ *Ib.*, p. 88.

(...) “llevaron dos indias consigo (...) y por el camino juntábanse con ellas y llamaban los indios que iban con ellos a los españoles tarascue, que quiere decir en su lengua yernos y de allí ellos después empezáronles a poner este nombre a los indios, y en lugar de llamarles tarascue, llamáronlos tarasco, el cual nombre tienen ahora y las mujeres tarascas. Y córrense mucho de estos nombres”.¹⁸

CONDICIONAMIENTOS: DIVERGENCIA, DIVERSIDAD Y POLIMORFISMO LINGÜÍSTICO. La tarea de construir la palabra común, es decir, la correspondencia léxica, esa reducción de los idiomas en contraste a un *tertium comparationis* –el del lenguaje universal–, no ha sido ni fácil ni inmediata, pero sí rápida y eficaz, si se tienen en cuenta la enorme cantidad de lenguas habladas, el polimorfismo de las mismas y la divergencia entre unas y otras por una parte y, por otra, los resultados y logros obtenidos.

La diversidad de lenguas que imperaba en el continente americano ha sido una dificultad que solo la existencia de las lenguas francas (el náhuatl, el guaraní o el quechua) han solucionado parcialmente. A la llegada de los españoles son 170 lenguas las que se hablan en Méjico. En la actualidad todavía restan 62 lenguas indígenas vivas, con sus correspondientes variantes dialectales, siendo después de China la nación que más riqueza lingüística tiene¹⁹. Hay que añadir que, para complicar más el panorama, estas numerosísimas lenguas pertenecían a muy diversos grupos o familias (manguéño, totónaca, zoque, chibcha, etc.).

Así pues, no es solo conjeturable sino prácticamente indiscutible que incluso entre los indígenas han existido serias dificultades para el entendimiento mutuo, tal y como deja entrever el relato de Cabeza de Vaca²⁰, quien asiste, atónito, a la visita que los miembros de una tribu realizan a otra y en la que, después de un largo lloriqueo con el que se demuestran su mutuo aprecio, ambos grupos se despiden sin apenas haberse hablado. Es obvio que en este contexto la comunicación espe-

¹⁸ Anónimo, *Relación de Michoacán*. Historia 16, Madrid, 1989, p. 265.

¹⁹ En todo caso hay que señalar que en 1900 se hablaban en Méjico 100 idiomas, siendo pues 40 las lenguas amerindias que han desaparecido a lo largo del siglo XX, proporcional y absolutamente bastante más que en los tres siglos anteriores de dominación española.

²⁰ Después de participar en la conquista y exploración de la zona del golfo de Méjico y sufrir una auténtica odisea entre los indios de Florida, que estuvieron apunto de devorarlo, volvió a España y consiguió del Emperador licencia para explorar la región del Paraná-La Plata.

cífica de los llegados con los hallados debía resultar difícilísima.

Además, las lenguas de los conquistadores, exploradores o misioneros eran pocas, monolíticas, espesas. Las de los conquistados, explorados o misionados eran múltiples, diversificadas, etéreas. En ese contraste de sonidos y, más tarde, de palabras, los sistemas fonológicos y la fonética de las lenguas amerindias han debido de suponer escollos en los que tropezaba la voluntad lingüística de los misioneros o de los gobernantes a la hora de querer entenderse o a la hora de articular las gramáticas comparadas, tarea a la que se puso mano a la obra inmediatamente²¹. La distinta distribución fonológica, con acumulación de consonantes, sobre todo africadas (ch), en las lenguas de Nueva España o la conjunción de la oclusiva “t” más la lateral “l” han tenido que suponer una cierta dificultad de identificación auditiva. Añádase a esto el que este grupo desarrolla en posición

²¹ Hablar de “aculturación” o de “transculturación” con referencia a este proceso de asimilación lingüística y cultural es problematizar con criterios de nuestro tiempo, discutibles en todo caso, un fenómeno que en la historia de las civilizaciones ha estado siempre presente: aculturación fue el proceso al que fueron sometidos los galos y los iberos por los romanos, el que se dio, sin ir más lejos, entre los ocupadores caribes de las Antillas y los primitivos pobladores de esas islas o entre los aztecas y los pueblos que sometían. Nadie podrá poner en duda, aunque provoque recelos, las ventajas que nos proporciona la lengua franca que supone el inglés en el proceso de comunicación mundial, ventajas que se compran a costa de enormes pérdidas culturales. En nuestros países europeos, ¿no se han impuesto las lenguas estándar, el *Hochdeutsch* o el francés, por ejemplo, sobre variantes *patois* que quedan como reductos folklóricos, tales como el bávaro o el provenzal. Un indigenismo de salón, muy extendido entre latino-americanistas de congreso, ha hecho del término aculturación un lugar común cargado de pretendida y pretenciosa reivindicación. Un indigenismo más coherente es el practicado por Arguedas (*Indios, mestizos y señores*. Horizonte, Lima, 1989), que, sin embargo, ha sido contestado por Vargas Llosa.

En este contexto importa destacar que esta aculturación fue llevada a cabo no solo por los españoles, sino también, y en ocasiones con mayor ardor, por otras naciones que supuestamente tienen una mejor recepción o imagen de su actuación cultural externa. En el relato del dominico P. Labat (*Voyages aux Isles de l'Amérique*. Casa de las Américas. La Habana, 1972), religioso francés que visita ya a finales del XVII el Caribe (Martinica, Guadalupe y Trinidad), vemos los mismos comportamientos. “Todo lo que se ha hecho hasta el presente para instruirlos y hacerlos abrazar la religión cristiana ha sido inútil. Nuestra orden [dominica] ha mantenido allí durante más de treinta años misioneros que habían estudiado su lengua, que vivían con ellos, que habían enseñado el catecismo y las oraciones y no descuidaban nada de lo que podía ganarlos a Dios, y todo ello sin ningún fruto.” (p. 53).

final una vocal de apoyo. De ahí el que las diferentes transcripciones o versiones hispanas de los topónimos indígenas varíen tanto de un autor a otro: La Cholula actual era Churultecal en versión de Cortés y Tlaxcala ha sido Tascaltecal y Cempoala Cempol y Muctecuzoma Mutezcuma. La mayor movilidad del acento en la lengua náhuatl, que, por ejemplo, podía hacer recaer en la primera sílaba de una palabra heptasílaba, y la longitud anormal para los españoles de las palabras amerindias (hexasílabas y heptasílabas: Mixcoatlailótlac, Tziuhtecnécatl) han sido otros tantos problemas de manipulación científica y práctica de la lengua indígena por parte de los conquistadores. Solo un cronista, Ruiz Díaz de Guzmán, nos habla en un pasaje de su descripción del Río de la Plata de la facilidad de la lengua que hablan unos indígenas de la zona:

*“hablan de una lengua muy cortada y fácil de aprender, por manera que con facilidad serían atraídos a la conversión y conocimiento de Dios”.*²²

No solo la fonética y la fonología han sido piedras donde ha tropezado la voluntad de comunicación. También la sintaxis e incluso la entonación han presentado sus problemas. En la relación de Michoacán se advierte:

*“Lo que aviso más a los lectores, que usen los interrogantes que llevare esta escritura y relación, y se hagan a la manera de hablar desta gente, si quiere entender su manera de decir, porque por la mayor parte hablan por interrogante, en lo que hablan por negación”.*²³

Al leer esto, uno diría que el buen fraile autor de la relación, está tomando a los tarascos por gallegos.

Una figura de la Colonia, situada, poco más o menos, a mitad de camino entre las dos orillas, la indígena y la hispana, el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales de los Incas*, advertía “acerca de la lengua general de los indios” de que en ellas faltaban las letras b, d, f, g, j, lo que haría muy difícil su aprendizaje:

*“De manera que del todo faltan seis letras del a.b.c. español o castellano. Y podremos decir que faltan ochos, con la l sencilla y con la rr duplicada”.*²⁴

²² Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*. Madrid. 1986, p. 83.

²³ Anónimo, *Relación de Michoacán*. Historia 16, Madrid, 1989, p. 34.

²⁴ Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales de los Incas*. FCE. Méjico, 1955, p.5. La apreciación del Inca al respecto manifestaba un desprecio de la lengua española idén-

Si a esto añadimos otras dificultades peculiares de cada una de las lenguas, tales como las variaciones que en lengua quechua advienen a los fonemas por la posición en la que se articulan las consonantes como elemento diferenciador de las palabras y su significado

(“Esta misma dicción huaca, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta, se hace verbo. Por lo cual los historiadores españoles que no supieron esta diferencia, dijeron: ‘los indios entran llorando’ (...) Verdad es que la diferente significación consiste solamente en la diferente pronunciación, sin mudar letra ni acento: que la última sílaba de una dicción se pronuncia en lo alto del paladar y la de la otra en lo interior de la garganta”²⁵).

estaremos constatando el enorme desafío que la comprensión de “lo otro” (en este caso “el otro lingüístico”) entrañaba en unos momentos en los que ni la filología ni la conciencia lingüística eran muy acendradas. Que esto se ha tenido que pagar con incomprendiones involuntarias es perfectamente deducible, siendo, incluso, afirmado explícitamente por Garcilaso.

DIVERGENCIAS CULTURALES. A todas estas dificultades provenientes del hiato o falla entre los respectivos sistemas lingüísticos hay que añadir las que aportaba el abismo existente entre los respectivos códigos culturales. Ya desde el primer momento, tanto los conquistadores, colonizadores y misioneros como los indígenas han experimentado un fuerte choque cultural, un enorme extrañamiento ante las costumbres y “reales” que cada cultura aportaba al “encuentro”. Es lugar común en muchos relatos y relaciones el tema del horror (una sensación que, en todo caso, se aparta de la normalidad y que, por consiguiente, es extrañador) que los caballos o las armas de fuego han producido entre los indígenas. Hernán Cortés en cierto momento de su campaña mejicana hará una utilización táctica de los cañones para asustar a los emisarios de Moctezuma²⁶. Pero no hace falta recurrir a casos tan extremos de

tico al que se achaca a los españoles frente a las instituciones indias: “Los españoles añaden estas letras en perjuicio y corrupción del lenguaje”. Como se sabe, también la “r” faltaba en las lenguas mejicanas.

²⁵ Ib., p. 79.

²⁶ “El capitán mandólos luego atar y mandó soltar tiros de artillería, y los mensajeros que estaban atados de pies y manos como oyeron los truenos de las bombardas cayeron en el suelo como muertos” (Bernardino de Sahagún, *Historia General de los indios de Nueva España*. Porrúa. Méjico, 1999, p. 727).

diferencial civilizatorio para poner de manifiesto que este encuentro, el del Descubrimiento, era más que nada una violenta sacudida. Según el insigne misionero fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, incluso las comidas o el aspecto físico han motivado en los indígenas una extrañeza no exenta de temor:

“Maravillóse de la comida de los españoles y de oír el negocio de la artillería (...) también de la relación de los caballos y de la grandeza de ellos, y cómo subían en ellos los españoles armados que no se les parecía más que la cara, y de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los caballos rojos y las barbas largas, y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos negros y prietos”.²⁷

Pero también en el campo contrario se han producido reacciones de perplejidad y temor. Américo Vespucci constata la extrañeza de las costumbres de los indios amazónicos: la desnudez, el canibalismo, la supuesta laxitud moral. Díaz de Guzmán recoge con extrañeza la costumbre de los guaraníes de hacerse una incisión en un dedo cada vez que se les muere un pariente. Por su parte, fray Toribio de Benavente, fraile franciscano conocido entre los indios como Motolinía²⁸ por su extremada pobreza, da larga cuenta, en su *Historia de los indios de la Nueva España*²⁹, de las costumbres indias con un perfilado sentido contrastivo. Así, por ejemplo, en el capítulo V informa profusamente de los hábitos, ciencias y creencias de los aztecas tales como los instrumentos de conocimiento, la escritura o la numeración:

²⁷ *Historia general de las cosas de Nueva España*. Editorial Porrúa. Méjico, 1999, p. 728.

²⁸ Hoy en día una de las calles próximas al Zócalo mexicano lleva el nombre de este insigne franciscano, uno de los mejores antropólogos que dio la Colonia. La aportación de estos evangelizadores a la integración de los dos mundos es reconocida por cualquier persona exenta de prevenciones. Esteva Fabregat dice: “Culturalmente, los misioneros escribieron la historia decisiva porque, al absorber los indígenas el cristianismo, transformaban su ética de resistencia en ética de reconciliación y en signo de integración social con la estructura institucional española” (*Crónicas de América*. Ed. Claudio Esteva Fabregat. 2001, p. 12). Nadie podrá negar esta valoración de Esteva Fabregat, pero tampoco la contraria, a saber, que previamente los misioneros supieron reconciliar el cristianismo que predicaban con los elementos de teosofía y antroposofía presente en las religiones indígenas.

²⁹ Fray Toribio de Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*. Crónicas de América. Ed. Claudio Esteva Fabregat. 2001.

"En esta tierra de Anáhuac contaban los años de cuatro en cuatro, y este término de años contaban de esta manera. Ponían cuatro casas con cuatro figuras; la primera ponían al mediodía, que era una figura de conejo; la otra ponían hacia oriente y eran dos cañas; la tercera ponían al septentrión y eran tres pedernales o tres cuchillos de sacrificar, la cuarta casa ponían hacia occidente, y en ella la figura de cuatro casas".³⁰

Bernardino de Sahagún dedica gran parte de su voluminosa relación a presentar hábitos y costumbres de los mexicas, consciente de que la intelección de sus categorías mentales por parte del público lector es objetivo primordial de su exposición. Por eso consagra extensos apartados a explicar "la vigilancia de noche y de día sobre las velas", "la manera que tenían de elegir a los señores", "cómo se aparejaba el señor para dar guerra a alguna provincia", "ciertas hierbas que emborrachan" o acerca de las supersticiones, etc., o a recorrer los "lenguajes y afectos" (discursos morales o "huehuehtlahtolli") que los mayores o superiores dirigían a sus hijos o inferiores.³¹

Es evidente que las formas, categorías o esquemas *a priori* de la sensibilidad y la mentalidad indígenas –si se permite denominarlas así– debían de causar graves interferencias de comunicación³². Cabe incluso afirmar que más decisiva que la incomprensión lingüística ha debido de ser la incomprensión cultural, producida, en parte, por la ignorancia de los "referentes" o "reales" del mundo desconocido y de sus connotaciones y simbologías, vitualla del traductor tan importante como los conocimientos gramaticales para una correcta interpretación del mensaje. Hace unos años pasó por las pantallas una humorada filmica que llevaba por título *Mars attacks* (Marte ataca) en la

³⁰ Op. cit., p. 92.

³¹ Estos "lenguajes" son lo que Miguel León-Portilla llama los "testimonios de la antigua palabra". Para dar una idea de sus contenidos, mencionaré algunos de sus encabezamientos: "del lenguaje y afectos que usaban cuando oraban al mayor de los dioses (...)", "del lenguaje y afectos que el padre, señor principal, usaba para persuadir a su hijo al amor de la castidad (...)", "del lenguaje y afectos que usaba el padre, principal o señor, para amonestar a su hijo a la humildad (...)", etc.

³² No mencionamos la extrañeza, a través de la repugnancia, que causaron otras costumbres que implicaban afectos o emociones más íntimas y fuertes, tales como los cultos religiosos, los monstruosos sacrificios humanos –sobre todo de los aztecas– y el canibalismo. Menos les extrañaba la poligamia, aunque sí los excesos de esta. Por eso fray Martín de Murúa advierte de las cinco mil mujeres "en el baño" del Inca, cifra a todas luces exagerada.

que se hacía alusión a estos avatares de la comunicación intercultural, más en concreto a la incomprensión o malinterpretación de los signos y símbolos culturales. La paloma, símbolo de la paz en el mundo occidental, con la que los invadidos terrícolas pretendían manifestar sus intenciones irénicas ante los alienígenas, se interpretaba como un ser hostil a raíz de que el animal descargara su fisiología sobre la escafandra del "invasor". Este episodio, imaginado por Jonathan Gems y Tim Burton, tiene una réplica histórica en el encuentro en Cajamarca de Atahualpa, uno de los incas que se disputaban el trono del Imperio quechua, con Pizarro en 1532. Pizarro se habría dirigido a través del intérprete Felipillo al usurpador –efectivamente lo era– Atahualpa. El capellán de la expedición, el dominico Vicente Velarde, le mostraría el libro del evangelio donde podría oír la voz de Dios. Atahualpa se lo pide para que, llevandoselo a la oreja, el libro le dijera lo que los españoles leían en él. Ante el mutismo del libro, que el Inca ni siquiera logra abrir, lo arroja al suelo, acto que el P. Velarde interpreta como un sacrilegio, llamando a las armas a los españoles y dando lugar a la prisión de Atahualpa.

Fray Martín de Murúa, en su *Historia general de Perú*, nos describe así la escena:

(...) "Fray Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo, que después fue el primer obispo universal de todo el Perú y lo mataron los indios de la isla de la Puná y se lo comieron. Llevaba este religioso una cruz y misal o breviario, y con él iba Felipillo, indio lengua del marqués, y otros algunos soldados. Y allí trató el Padre F. Vicente el fin e intención de su venida a este reino (...). Y mezclando con estas razones, otras para la primera visita de un rey, imperitinentes y fuera de propósito, pues no luego había de creer lo que se proponía un entendimiento bárbaro e inculto (...). Solo que habiéndole dicho el padre Fr. Vicente a Atao Hualpa que lo que enseñaba lo decía aquel libro, y ello mirase y ojease para oírsele y no le oyese palabra, mohino y enfadado dello, y ver cuán diferentes razones le proponían de lo que él había esperado y concebido en su entendimiento de los mensajeros que él pensaba ser del Hacedor y Viracocha, arrojó el libro al suelo (...) a lo cual dando voces el padre Fr. Vicente de Valverde y diciendo cristianos, los evangelios de Dios por tierra arremetió don Francisco Pizarro con los suyos." ³³

³³ *Historia general de Perú*. Crónicas de América, 2000, p. 198 y s.

LOS SIGNOS COMO COMIENZO. MALENTENDIDOS E INTERFERENCIAS. Es innegable que estos hiatos lingüístico-culturales suponían una grave dificultad al entendimiento mutuo, por lo que con frecuencia la comunicación que se pretendía, debía resultar un acto fallido. Sobre todo teniendo en cuenta que tanto los conquistadores como los evangelizadores han tenido que acudir inicialmente, como es fácil de suponer, a los signos para iniciar un primer contacto comunicativo. Este ha sido otro factor distorsionador, dada la imprecisión propia del lenguaje de señas y los fallos que se producen en la captación e investigación de las lenguas.

No pretendemos corregir el bellissimo comienzo del evangelio joanino –“en el principio fue la palabra” –pero o se concibe el término “palabra” en sentido amplísimo (=comunicación) o habrá que admitir que antes que la palabra existieron el sonido y la señas: el sonido que compone la palabra y emite el niño en sus balbuceos y a los que se reducen las palabras que se dicen dos extraños que no se comprenden; los signos y las señas que se hacen dos personas que no se entienden a causa de la distancia que las separa. Eso es lo que ha habido al comienzo de ese encuentro de dos mundos, el Viejo y el Nuevo. Señal y sonido han sido el comienzo de la comunicación. Bartolomé de Las Casas, Fernández de Quirós o Solís de Ryvadeneira y muchos otros así lo recogen.

Pedro Fernández de Quirós, fallido descubridor portugués al servicio de España, porfiado hasta morir y utopista platónico, nos da una idea de lo que podrían ser estas comunicaciones por signos. En uno de los memoriales que dirigió a Felipe II escribe detalladamente acerca de su encuentro con los “indios” y del modo y manera cómo se producía esa aproximación:

“Lo primero le mostré su isla y la mar y nuestras naos, y gente, y apunté a todas partes del horizonte, y hice otras ciertas señas, y con ellas le pregunté si había visto navíos y hombres como los nuestros, y a esto dijo que no. Pregúntele si sabía de otras tierras lejas o cerca, pobladas o despobladas, y luego que me entendió nombró a más de sesenta islas y a una grande tierra que se llama Manicolo”.

“Yo, Señor, las fui escribiendo a todas, teniendo presente la aguja de navegar, para saber hacia el rumbo que cada una demoraba... y para que yo entendiese cuáles eran pequeñas, hacía pequeños círculos, y mostraba el mar con el dedo, y con él daba a entender cercana la tierra; y por las que eran mayores hacía mayores círculos y las mismas demostraciones, y por aquella gran tierra abrió ambos los brazos sin volverlos a juntar, mostrando que proseguía; y para dar a

*entender que eran las lejanas, o estaban de allí más cerca. mostraba el sol de levante a poniente, recostaba la cabeza sobre una mano, cerraba los ojos y contaba con los dedos las noches que en el camino se dormía; y por semejanza decía cuáles gentes eran blancas, negras, indios y mulatos (...) y que en algunas islas comían carne humana, y para esto hacía que mordía su brazo (...) y de este y de otros modos, al parecer se entendió cuanto dijo y se lo repetí tanta veces que mostró cansarse de ello”.*³⁴

Fernández de Quirós, que todavía al final de la época de los descubrimientos se adentraría en los mares del Sur descubriendo la Isla de Taumaco, manifiesta también la conciencia, omnipresente, de necesidad comunicativa. Por eso tomaría consigo varios indígenas –dos de ellos se le escaparían– para formarlos como lenguas.

*“El indio Pedro, que traje de aquellas tierras, después que supo darse a entender en nuestra lengua, conformó con todo lo dicho y dio noticia de plata y de muy grandes perlas” (...)*³⁵

Para tranquilizar su conciencia por el hecho de arrebatar (=secuestrar) a una persona de su medio natural, habría pedido en Ciudad de los Reyes (Lima) permiso a Toribio de Morgrovejo, arzobispo de Lima, para traer a estas tierras o llevar a las de España, algunos naturales suyos,

*(...) “a fin de que vean nuestros usos políticos y nuestros tractos amorosos y se aficionen a ellos y aprendan nuestra lengua y se sirvan de ella cuando vuelvan a sus tierras... para que Dios nuestros Señor no se ofenda de mi ida a aquellas partes y se consiga lo deseado, con seguridad de mi conciencia”.*³⁶

También Antonio de Solís y Rivadeneyra recoge en su *Historia de la Conquista de Méjico* la presencia y utilidad de los signos. Al narrar la expedición de Grijalva, menciona un lance junto al río Banderas, cuando se acercan a los españoles unos grupos de indios haciendo grandes reverencias:

*“No entendían aquella lengua nuestros intérpretes, y así se redujeron los cumplimientos a señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de más sonido que significación”.*³⁷

El objeto de esta charla de besugos era la captación inicial de las intenciones de unos

³⁴ Pedro Fernández de Quirós, *Descubrimiento de las regiones australes*. Madrid, 2000, p. 204.

³⁵ *Ib.*, p. 228.

³⁶ *Ib.*, p. 228.

³⁷ *Historia de la conquista de Méjico*. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires, p. 196.

y otros y para ello los indios presentan mercancías de oro

*“que tenían reservadas y en el modo de mostrarlas y de tenerlas, se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercadería de nuestras naves, cuya fama había llegado ya a su noticia”.*³⁸

Menciónese, aunque sea de paso, que este cronista, que escribe mucho tiempo después de los sucesos de la Conquista, tiene ya una desarrollada conciencia lingüística que le hace preguntarse por el origen de los nuevos sentidos que van adquiriendo en esa época muchos términos:

*“No sabemos con qué propiedad se dio el nombre de rescates a este género de permutaciones, ni por qué se llamó rescatado el oro, que en la verdad pasaba a mayor cautiverio y estaba con mayor libertad donde lo estimaban menos; pero usaremos de este mismo término por hallarle introducido en nuestra historia... puesto que en los modos de hablar con que se explican las cosas, no se debe buscar tanto la razón como el uso, que según el sentir de Horacio es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua”.*³⁹

Es evidente que las condiciones de comunicación debían de producir errores e incomprensiones, como lo demuestra el ya mencionado encuentro entre indios y castellanos en Yucatán y que ha quedado perpetuado. Cortés, en su segunda “carta de relación” al Emperador, explica a este cómo el topónimo que da nombre a la península del sur de Nueva España es fruto de una incomprensión: la expresión Yucatán, yucatán (=no entiendo) utilizada por los indígenas ante los intentos de comunicación de los navegantes españoles, se habría interpretado como la designación del lugar al que habían llegado los castellanos:

*(...) “porque los dichos primeros descubridores, como llegasen allá y preguntasen a los indios naturales de la dicha tierra que cómo se llamaba aquella tierra, y los indios no entendiendo lo que les preguntaban, respondían en su lenguaje y decían Yucatán, Yucatán, que quiere decir no entiendo, no entiendo: así los españoles descubridores pensaron que los indios respondía que se llama Yucatán”.*⁴⁰

INTERFERENCIAS DE INTERESES. EL ODIIO INTERÉTNICO. La imprecisión de la que adolece cualquier lenguaje signico no codificado se ha podido agravar a causa de las inter-

ferencias que pudieran venir de los mencionados hiatos culturales y, por supuesto, de la imparcialidad, la mala voluntad o la ignorancia de los intérpretes. La actuación de Felipillo, el indio guancabilca que acompañaba a los españoles y a quien Pizarro había traído a España para que después actuara de “lengua”, proporciona otro ejemplo de cómo la falta de entendimiento pudo contribuir a la incomprensión y provocar desastres. Habiéndose enamorado el dicho Felipillo de una de las mujeres de Atahualpa, habría traducido y actuado en contra de este con el objeto de provocar su muerte y librarse de su competidor. Después de haber pasado ya varios días prisionero, el Inca pide permiso a Pizarro para salir a holgar con los suyos, a lo que el extremeño accede. Pronto corre el rumor de que se pretende sublevar:

*“Algunos de los conquistadores dicen que se quisieron rebelar, pero esta fama cierto es que la levantó Philipillo, lengua e intérprete del Marqués, porque según se dijo, se revolvió con una de la mujeres de Atao Hualpa, y temeroso él y aun ella que si salía de la prisión lo castigaría, y otros dicen que sabido por Atao Hualpa, le amenazó, y así él empezó a esparcir este rumor. Y como los españoles nos estaban muy seguros (...) les incitaba a dar al través con el pobre rey y matarlo”.*⁴¹

Pedro Pizarro nos ofrece otro episodio que pone en entredicho la buena fe de esta lengua, en este caso viperina, que depone contra el cacique indio Challicuchima, a quien Cortés ha tomado como prisionero:

*“El Marqués [Pizarro] prendió a Challicuchima, que andaba suelto, y preguntándole por esta xente que dezía la lengua se iuntaba, aunque negaba y dezía que no, el Felipillo dezía a la contra trastocando las palabras que los indios dezían”.*⁴²

Si a todo esto añadimos que este Felipillo, quizás contagiado durante su estancia en la Península de la retórica renacentista, “adjetivaba” a su buen entender, tal y como afirma Cieza, en su *Descubrimiento y conquista de Perú*, y que acabaría pasándose de bando, podemos sacar una conclusión no muy favorable para la fama de este representante

⁴¹ Martín de Murúa, *Historia General del Perú*. Crónicas de América, Madrid, 2001, p. 211.

⁴² Pedro Pizarro, *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*, Lima 1986. En este mismo episodio insiste Agustín de Zárate: “Y como las averiguaciones que sobre esto se hacían eran por lengua del mismo Felipillo, interpretaba lo que quería conforme a su intención”. (Citado según el Inca Garcilaso, *Comentarios Reales de los Incas*. FCE, Méjico, 1991).

³⁸ Ib., p. 196.

³⁹ Ib., p. 196.

⁴⁰ Cortés, Hernán, *Cartas de relación*. Editores Mejicanos Unidos, Méjico, 1985, p.18. El episodio es referido también por López de Gómara.

de la profesión. Que de esta y otras actuaciones semejantes se han derivado consecuencias funestas para los indios es una conjetura con visos de realidad. Por eso no son escasas las indicaciones que en las ordenanzas reales se hacen al comportamiento de los intérpretes y que ha recogido Lafaye en la obra anteriormente citada. “Que los intérpretes no reciban dádivas”, “que no se ausenten del lugar donde residieren”, “que no pidan ni lleven a los Indios joyas” y otras semejantes son restricciones y disposiciones que sin duda han estado motivadas en prácticas abusivas una vez que, más adelantada la colonización, se ha dispuesto de una justicia normalizada.

Cabeza de Vaca también dará cuenta de la actitud del indio Aracare, guía de una expedición de descubierta por el río Paraguay, quien, en vez de conducir al grupo de más de ochocientos indios y tres españoles a través de la selva, aprovechaba la circunstancia de que estos no entendían la lengua, para ir soliviantando a los naturales contra los invasores.⁴³

Así pues, en este contexto de dificultad comunicativa no resulta arriesgado conjeturar que una parte importante de los enfrentamientos y violencias que ese capítulo histórico produjo podrían derivar de la falta de comprensión mutua. Dicho con otras palabras, las lenguas y las culturas no encontraban el necesario puente de enlace. Pensemos que el intérprete llevado por Colón, el judío converso Luis de Torre, iba provisto con su –suponemos– mejor voluntad y con unos conocimientos de lenguas exóticas tan fuera de lugar como el hebreo, el caldeo y el árabe, es decir, lenguas del ámbito mediterráneo. Obviamente, poco pudo emprender con ellas en el Nuevo Mundo.

Por eso, la presencia/ausencia de la traducción/interpretación es decisiva para la comprensión de ese encuentro, tanto en sentido positivo como en sentido negativo. Cabeza de Vaca describirá muy gráficamente la situación de incomunicación debido a la carencia de intérpretes: “íbamos mudos y sin lengua”. Ya el mismo día del descubrimiento, el 12 de octubre de 1492, Colón comprueba la incomunicación a la que se ve condenado por falta de “lenguas” o intérpretes y anota en su diario de bitácora su intención de enseñar a algunos indios, de

lengua arawuak, el castellano en España, cosa que de poco le serviría, pues poco podría hacer con ellos en un supuesto enfrentamiento comunicativo con sus vecinos taínos: “*levaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras Altezas para que aprendan hablar*”. Pasado el primer susto provocado por el encuentro, la recuperación de la comunicación será cuestión de capital importancia.

LAS FUNCIONES DEL INTÉRPRETE Y EL EJERCICIO DE LA TRADUCCIÓN. Las tareas que se han visto obligados a realizar los intérpretes han sido muy diversas y no se han limitado a la trasmisión de informaciones funcionales que dieran a entender el propio pensamiento o el ajeno. La empresa en la que, *velis nolis*, se embarcaban estos farautes no era muy halagüeña, dado que, tras dejar su medio natural⁴⁴, si eran indígenas, y tener que aprender las lenguas de unos o de otros, debían acompañar a conquistadores y conquistados en tareas no siempre agradables, a pesar de que, en cuanto tales profesionales, gozaban de cierto prestigio. El rescatado Aguilar, por ejemplo, ha hecho toda la campaña de Méjico, lo mismo que la Malinche, que ha salido ilesa de las terribles refriegas y asechanzas de los indígenas en la Noche Triste. De esta y de Aguilar dirá Díaz del Castillo que siem-

⁴⁴ Con frecuencia se menciona negativamente el hecho de que los primeros farautes indígenas fueran arrancados de su entorno natural y obligados a seguir a los conquistadores. Además de no ser una hazaña exclusiva de los españoles (lo mismo harían Cartier o Champlain en los territorios de América del Norte), era esta una circunstancia, sin duda penosa, que en el caso concreto les podía salvar de destinos más crueles y proporcionarles, con el andar del tiempo, una situación relativamente ventajosa. El hecho de que, cuando inicialmente se les retiene, se consideren obligados a la huida, solo hace alusión a que la imposibilidad de comunicación no les permitía comprender las intenciones del raptador.

Por lo demás, esta situación del traductor esclavo o erradicado se ha repetido a lo largo de la historia: Livio Andrónico era un esclavo liberto; Ufílas, hijo de prisioneros de guerra y los alevines de las Escuelas de Lenguas Orientales eran arrancados en su más tierna edad, por razones de estado, de sus familias. Un caso particular es el de Gonzalo Guerrero, “que capitaneaba a los indios, el cual hacía más de veinte años que estaba casado allí con una india” (López de Gómara) y que, integrado en la cultura indígena, “no quiso irse a Cortés con Aguilar”.

Adviértase que es esta una consideración, la humanitaria, que no se hace ante las pirámides egipcias o aztecas, que, suponiendo el tributo y el derroche absurdo de ingentes vidas humanas, sin que estas contribuyeran a la comprensión de los pueblos como la actividad de los traductores, merecen solo la consideración de sus implicaciones metaculturales (estética, técnica, etc.)

⁴³ Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*. Porrúa, Méjico, 1997, p. 127.

pre iban con el Conquistador, a cualquiera entrada que íbamos aunque fuera de noche". Razón de más para estimar unos servicios que iniciaron el edificio de la mutua comprensión a costa de grandes sacrificios.

Una de las funciones fundamentales desempeñadas por los farautes llevados por los conquistadores ha sido el anuncio del evangelio a los indígenas. Dado que esta era una condición-pretexito para la anexión a la Corona de España, era la primera tarea encomendada a su competencia lingüística. Tan pronto como Cortés ha encontrado a Aguilar, la primera tarea de este será la predicación de la fe cristiana.

En ocasiones, los intérpretes o lenguas han actuado como instancias fedatarias, de tal manera que a la hora de conminar a la rendición o al acatamiento o de prevenir una acción militar, los capitanes y conquistadores han acudido a los intérpretes para que dieran fe en la posterior relación y así poder contrastar sus actuaciones con las leyes que dimanaban de la Monarquía. Cuando Alvar Cabeza de Vaca, tras la superación de su naufragio en las costas de Florida es nombrado gobernador de las regiones del río de la Plata, intenta poner fin a las querellas existentes entre guaraníes y guaycaraes. Antes de conminar a estos a que cesen en sus hostilidades, se hace informar de manera fehaciente a través de las lenguas intérpretes:

"Vista por el Gobernador la querella de los indios principales (...) y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querrela, y se hiciese y procediese conforme a derecho, por las lenguas intérpretes el Gobernador les dijo que trujesen información de lo que le decían".⁴⁵

En otras ocasiones son las lenguas las que conminan a la rendición o al acatamiento de la autoridad del conquistador. Avisado de las malas intenciones de los indios, decide averiguar sus planes:

"Yo hice tomar uno de ellos disimuladamente, que los otros no lo vieron, y apartéme con él y con las lenguas y amedrentéle para que me dijese la verdad".⁴⁶

No rara vez han actuado de mensajeros, circunstancia esta en la que, dadas las circunstancias de enfrentamiento, la seguridad del faraute corría peligro, llegando a cumplirse lo que la sabiduría popular ha tipi-

ficado como comportamiento irracional y cobarde: matar al mensajero. Eso es lo que sucede a una lengua de Diego de Mendoza en tierras de Paraguay:

"Ejecutóse, caminando hacia el río Paraguay, pero antes se despachó a un soldado llamado Jacome, gran lenguaraz, junto con unos caciques naturales de aquella parte del río, con recado a los principales indios comarcanos (...) Llegó el mensajero a la provincia de Itatin, a cuyos caciques dio su embajada, pero ellos turbados tan lejos estuvieron de mantenerse en paz que luego tomaron las armas contra los españoles y por principio de paga mataron luego a Jacome el mensajero".⁴⁷

Al parecer, los intérpretes, aunque no han sido piezas únicas, no han sido figuras que abundaran, pues añade el cronista:

"Sin quedar ninguno en toda aquella provincia y camino que lo hiciese".⁴⁸

También los intérpretes han actuado como informantes y espías, pues en ocasiones los conquistadores reciben de las lenguas noticias de inteligencia militar. Tal, por ejemplo, el caso de Pizarro en la isla de Santiago, donde

(...) "sípose por las lenguas que el Gobernador tenía consigo, que el cacique tenía hecha junta de toda su gente de guerra" (...). Sabida la verdad y habida información secretamente sobre ello (...)".⁴⁹

Posiblemente en este y otros casos similares, los españoles habrían utilizado el odio tribal que las lenguas pudieran haber desarrollado contra el Inca o el que lo representara. Las lenguas de los que se habla (seis), habían sido traídos al campamento de Pizarro en un viaje de descubierta realizado mientras él se hallaba en San Juan.

También han actuado como mediadores en esa voluntad manifiesta de simple comunicación humana, no funcional, que tienen tanto los venidos como los hallados. A juzgar por los testimonios de las relaciones, la actividad de estas "lenguas" ha permitido una comunicación bastante matizada, si se tiene en cuenta la diversidad de detalles expresivos que se recogen en las memorias de los cronistas y la diversidad de situaciones a las que han tenido que dar expresión lingüística

⁴⁷ Ruy Díaz de Guzmán. *La Argentina*. Historia 16, Madrid, p. 254.

⁴⁸ *Ib.*, p. 254

⁴⁹ Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista de Peru en Crónicas iniciales de la conquista del Peru*. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1987, pag 158.

los farautes. Los larguísimos relatos y argumentaciones a los que tienen que hacer frente y que las relaciones ponen en sus bocas suponen una competencia comunicativa extraordinaria. Una de las lenguas que había llevado Juan de Ayolas en su exploración del Paraná sería recogido por Domingo Martínez de Irala, al que “en lengua española” le da un cumplidísimo relato de la peripecia en la que había perecido Ayala, víctima de una emboscada de los payaguaes. Por su parte, Bernardino de Sahagún da cuenta de una conversación entre Cortés y los emisarios de Moctezuma que debía de suponer un reto a la pericia del intérprete:

*“Después de esto el capitán D. Hernando Cortés les dijo por su intérprete: oíd lo que os digo: hanme dicho que los mexicanos son valientes hombres, que son grandes conquistadores y grandes luchadores, y son muy diestros en las armas; dícenme que un solo mejicano es bastante para vencer a diez y a veinte de sus enemigos (...)”*⁵⁰.

Además de hacer traducciones mediadas (del español al maya, Aguilar, y de este al nahua, Marina), la traducción ha sido, obviamente, consecutiva aunque con una consecución dilatada en el tiempo, pues Marina no interrumpe el discurso de Moctezuma y solo cuando ha finalizado este, interviene Marina, tal y como revela Sahagún:

“Acabó Mocthecuzoma de decir su plática y Marina declaróla a D. Hernando Cortés; como este hubo entendido lo que había dicho Mocthecuzoma, dijo a Marina”.⁵¹

A esta traducción sigue otro parlamento bastante extenso de Cortés, que, como el de Moctezuma anteriormente, debía de exigir una técnica mnemotécnica bastante desarrollada.

A juzgar por los relatos se podría decir que esta comunicación a través de intérpretes ha llegado a un grado considerable de desarrollo conceptual que ha traspasado los límites de lo convencional y de lo funcional, como lo ponen de manifiesto diversos apuntes en los registros de los conquistadores. Cortés, por ejemplo, llega a decir que ha mantenido con Moctezuma una conversación en la que no han faltado la chanza y las bromas:

“(...) y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles me fui a las casas del dicho Mutezuma como otras veces había ido a le ver; y después de le haber hablado en burlas y cosas de placer y de haberme él dado algunas joyas de oro y una hija suya (...) le dije (...)”.⁵²

Anteriormente ha fijado las condiciones de residencia de Cortés en la capital y más tarde su propia prisión, de lo que dice Cortés:

(...) “acerca de esto pasamos muchas pláticas y razones que serían largas para las escribir”.⁵³

Hay que suponer, sin embargo, que en ocasiones –quizás habría que decir “en general”– la exactitud de la comunicación no ha debido ser muy alta, a juzgar por las instancias y emisores que pasaba el mensaje: del castellano al maya y de este al nahua y viceversa tal y como Cortés señala en un episodio que tiene lugar con anterioridad a su primera entrada en la capital del imperio azteca: él descubre la encerrona o emboscada que le prepara la gente de Moctezuma gracias a que una india ha advertido a la Malinche de la situación y esta a Jerónimo de Aguilar que es quien se lo comunica a Cortés:

“Y estando algo perplejo en esto, a la lengua que yo tengo que es una india de esta tierra, que hube en Potochán (...) le dije otra natural de esta ciudad cómo muy cerquita de allí estaba mucha gente de Mutezuma junta... y que había de dar sobre nosotros para nos matar a todos, y si ella se quería salvar que se fuese con ella; la cual lo dijo a aquel Jerónimo de Aguilar, lengua que yo hube en Yucatán ... y me lo hizo saber”.⁵⁴

Podemos fácilmente conjeturar que, por pequeños que fueran los grados de entropía que se produjeran en cada fase de la cadena de comunicación, por mínima que fuera la pérdida o variación del mensaje en cada conexión (india anónima-Malinche-Aguilar-Cortés), el resultado final, el discurso meta podía sufrir alguna desviación con relación al original.

LOS PRIMEROS TRADUCTORES. Ya desde las primeras relaciones escritas en el Nuevo Mundo se hace mención de la actividad de los farautes⁵⁵, aunque la mayoría de las veces

⁵² Ib., p. 75.

⁵³ Ib., p. 76.

⁵⁴ Ib., p. 63.

⁵⁵ Posiblemente sean las “cartas de relación” de Cortés las más explícitas en alusiones a la omnipresencia de las lenguas o intérpretes. Bien es verdad que en las cartas de

⁵⁰ Op. cit., p. 728.

⁵¹ Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de Nueva España*. Porrúa, Méjico, 1999, p. 763.

de forma anónima, siendo escasos los que han logrado sacar sus nombres al escenario de la historia. También con frecuencia los intérpretes han sido miembros de las comunidades indígenas a los que se les habían enseñado el español, mientras que lo contrario sucede en el ámbito de la traducción, donde mayormente son españoles los que ejercen como tales.

El franciscano Aguilar, ya mencionado; que, habiendo naufragado, cae cautivo de los indios, formará, una vez liberado, tándem con la Malinche, la joven mayo-azteca que los indios entregan al Conquistador y que será, además de su amante, su intérprete. Ambos, Aguilar y Malinche, serán piezas fundamentales no solo en la conquista de Méjico, sino también en las relaciones humanas entre aztecas y españoles. La *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, nos da rendida cuenta de las andanzas de estas dos “lenguas”. El franciscano huido de la esclavitud de los indios en Cozumel, cuando ya estaba destinado al sacrificio se presenta a Cortés:

“moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, e traía un remo al hombro e una cotara vieja calzada y la otra en la

relación, dirigidas al emperador, no menciona nominalmente a la Malinche, quizás para no airear su relación ilícita con ella –como se sabe tuvo un hijo de ella-, ya que estaba casado con una pariente de su antiguo y odiado jefe Diego Velázquez. Los pasajes que podrían dar fe de esta aserto son numerosísimos. Cuando llega a Coatepec, después de referir al detalle todo el razonamiento de los indígenas –que venían de parte del señor, que le rogaban no hiciese mal alguno, etc.-, pone en boca de “las lenguas” (Malinche y Aguilar) su respuesta: “yo les respondí por las lenguas que fuesen bien venidos” (Hernán Cortés, *Cartas de la conquista de Méjico*. 2000, p. 102). En otra ocasión, todavía en esa misma ciudad, se acercarán a parlamentar los emisarios de Coatinchan, Guaxuta y Autengo. De nuevo insiste en que su discurso se realiza a través de “las lenguas”: “y yo les dije por las lenguas...” (ib., p. 103). En la desembocadura del río Grijalva se encuentra la costa tomada por los indígenas a los que “el dicho capitán les habló con la lengua y faraute que llevábamos y con el dicho Aguilar que había, como dicho es de suso, estado cautivo en Yucatán, que entendía y hablaba la lengua de aquella tierra y les hizo entender” (ib., p. 58). ¿Quizá quiere dejar claro ante el Emperador, destinatario de la carta, la posibilidad de malentendidos o proponerle indirectamente la necesidad de los farautes? También a la inversa, cuando recibe informaciones de la otra parte, hace alusión a la mediación de “las lenguas” mexicas, lo que alude a que posiblemente ya alguno de los indígenas supieran hablar español. Las expresiones “dijéronnos”, “les dio a entender” “dijeron al capitán”, “y ellos respondieron”, “el capitán le habló con el intérprete” y muchas otras semejantes se repiten constantemente.

cinta, e una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto que eran Horas muy viejas”.⁵⁶

En sus “cartas de relación”, Hernán Cortés da también noticia del encuentro con Aguilar en la isla de Santa Cruz. Una canoa a la vela se acerca y los navegantes no dan crédito a sus ojos:

(...) “vimos cómo venía en ella uno de los españoles cautivos que se llamó Jerónimo Aguilar, el cual nos contó la manera como se perdió y el tiempo que había que estaba en aquel cautiverio (...) De este Jerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través estaban muy derramados por la tierra”.⁵⁷

También fray Juan de Torquemada menciona la actividad de Aguilar. Del primer encuentro entre Cortés y los caciques indios se destaca la figura de este faraute puesto al servicio de la convivencia:

*(...) “y así por lengua de Geronimo de Aguilar, ù otro Interprete de Cortés (que esto es creible, porque ni ellos, en aquella sazón sabían la Lengua de los Indios, ni traían quien se la interpretase) les dijeron después de averlos saludado (...)”*⁵⁸.

Cortés en su primera carta de relación hablará de los servicios que presta Aguilar:

*“Y el dicho capitán les [a los indios] habló con la lengua y faraute que llevábamos y con el dicho Jerónimo Aguilar que había, como dicho es de suso, estado cautivo en Yucatán, que entendía muy bien y hablaba la lengua de aquella tierra (...)”*⁵⁹.

El historiador mejicano de origen azteca Fernando de Alva Ixtlixochitl, que ya conoce las relaciones de López de Gómara y de Antonio de Herrera, se entretiene en la descripción detallada del encuentro. Detenidos los hombres de Cortés por un percance naviero en la isla de Acozamil,

“vieron llegar una canoa a tierra, en que venían cuatro hombres desnudos con sus arcos y flechas, y arremetiendo algunos de los españoles con ellos con sus espadas desnudas, pensando que eran de guerra, estando cerca se adelantó uno de los cuatro, y comenzó a hablar en español y dijo: “señores, ¿sois cristianos?” de que se maravillaron los nuestros y respondieron: ‘así somos y españoles’.

⁵⁶ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Alianza, Méjico 1991, p. 69.

⁵⁷ Hernán Cortés, *Cartas de relación*. Madrid, 2000, p. 58.

⁵⁸ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*. Porrúa, Méjico, 1986 III, p. 23.

⁵⁹ Hernán Cortés, op. cit., p. 59.

Entonces se puso de rodillas y dijo llorando de placer: 'infinitas gracias doy a Dios que me ha sacado de entre infieles y bárbaros. ¿Qué día es hoy señores?, que yo pienso que es miércoles (...). Cortés le preguntó que quién era y cómo había venido allí. Dijo que se llamaba Hyerónimo de Aguilar y era natural de Eziga, y que en el año mil quinientos once, viniendo de Darién a Santo Domingo por dineros para la guerra que hacían cuando las contiendas de Diego de Niqueza y Vasco Núñez de Balboa, dieron al través en una carabela junto a Jamaica; y por guarecerse se metieron veinte personas en un batel, de los cuales murieron siete en la mar y los trece tomaron la provincia de Maye, en donde fueron presos de los indios y vinieron a poder de un cruelísimo cacique que se comió a Valdivia después de haberlo sacrificado, y a otros cuatro, haciendo un banquete a sus amigos y criados, y Aguilar y los demás quedaron a engordar para comerlos en otra ocasión; pero soltáronse de la prisión y vinieron a poder de un cacique, gran enemigo del otro que los tuvo presos".⁶⁰

El referirá a Cortés de la existencia de otros español, Gonzalo Guerrero, que, "inculturado" en la sociedad indígena,

"se casó en aquella tierra, quien estaba muy rico y no quiso venir con él, porque tuvo vergüenza de que le viesen las narices horadadas al uso de la tierra".⁶¹

Ixtlilxochitl añadirá que para Cortés habría sido de gran importancia

"haber topado con Aguilar, porque siempre le sirvió de lengua, y sin él se tuviera grandísimo trabajo; y así tuvieron por gran milagro el detenerse por el desmán que tuvo la nao de Alvarado, pues de otra manera no toparan con él".⁶²

La primera tarea que encomienda Cortés al hallado Aguilar será la predicación de la fe cristiana:

"Cortés mandó a Jerónimo de Aguilar predicase a los indios la fe de Cristo pues sabía su lengua, y lo hizo tan bien, que por sus amonestaciones se acabaron de convertir".⁶³

Por su parte, Bernal Díaz del Castillo, a lo largo de su largo relato, hará aparecer frecuentemente a la Malinche. Vendida como esclava por su familia, a la que, en sus andanzas con el ejército de Cortés, reencontra y perdona la fechoría, será piedra de escándalo⁶⁴ para la parte indigenista. Fue

concedida a uno de los acompañantes de Cortés de nombre Alonso Puertocarrero hasta que él mismo, es decir, Cortés, la tomara por compañera sentimental y auxiliar lingüística. Antes de que Cortés llegue a Tenochtitlan, ya Moctezuma se ha enterado de la existencia de la intérprete al lado de Cortés:

"Fue dicho a Mochteczoma cómo los españoles traían una india mexicana que se llamaba María vecina del pueblo de Tetícpac que está a la orilla de la mar del Norte y que traían esta por intérprete, que decía en la lengua mexicana todo los que el capitán D. Hernando Cortés le mandaba".⁶⁵

Aguilar y Malinche han actuado de intérpretes de mediación. Aguilar ha traducido del español a la lengua maya, que dominaba, y de esta Malinche lo ha hecho al azteca, tal y como se deduce del texto de Díaz del Castillo:

"y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina".⁶⁶

Fueron estos traductores los que poco a poco salvaron el río de esta incomunicación. Carlos Fuentes en *Todos los gatos son pardos* da vida literaria a lo que pudo ser el encuentro de Cortés con Marina la Malinche o Malintzin. La manera cómo se ofrece la

hacen oriunda de Coatzacoalcos, otros de Jalisco. Ciertamente, es, sin embargo, que habría sido entregada como esclava a una etnia maya, quizá de lengua otomí y que por eso ha dominado las dos lenguas, la maya y la náhuatl. El español lo ha aprendido en su estancia en Cuba como mujer de Portocarrero.

En los testimonios aztecas de la Conquista que recogen la versión de los vencidos, recogidos por León-Portilla con fines reivindicatorios, se identifica a la Malinche con los conquistadores. En un pasaje en el que se narra la aparición de un emisario de Cortés ante Cuauhtémoc se dice: "El Acolnahuacatl Xóchitl dijo: os manda decir el dios capitán y Malitzin". En todo caso, la personalidad y la figura, histórica y legendaria, de la Malinche es uno de los motivos más frecuentes de la exposición histórica o novelada del Descubrimiento. Ver al respecto, Lourdes Arencibia, "La traducción: 'Mare Nostrum' muchos siglos después" en *Hieronymus Complutensis*, I, 1995, 53 y ss; la misma, "Doña Marina, primera intérprete femenina del nuevo mundo: historia y leyenda" en *Traduic*, 7/14, 1998. El muralista Orozco ha interpretado con mucho acierto, por encima de ideologías, el encuentro de los dos mundos que esta figura representa. Por el contrario, el reciente trabajo de Otilia Meza, testimonio de esa visión falsamente indigenista e innecesariamente reivindicatoria de la causa de los conquistados más bien resulta una pretensión de best-seller, lograda en su éxito comercial pero fallida en su calidad literaria, muy escasa, si bien lleva ya la novena edición por la sintonía con esa visión antiespañola de la que hace gala en sus juicios y desvirtuaciones de la verdad histórica. La novelilla está plagada de pasajes de carga ideológica.

⁶⁵ Bernardino de Sahagún, op. cit., p. 731.

⁶⁶ Díaz del Castillo, op. cit., p. 93.

⁶⁰ Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca*. Historia 16, Madrid, 1985, p. 226.

⁶¹ Ib. p. 226.

⁶² Ib. p. 226.

⁶³ Ib. p. 226.

⁶⁴ La imagen de esta indígena que construyó el primer puente de comunicación sólido entre los dos mundos varía dependiendo de la perspectiva indigenista o españolista de su personalidad: prostituta, traidora, feminista, víctima... Incluso el origen de la Malinche ha sido ampliamente discutido: unos la

india a Cortés bien podría ser formulación paradigmática de la misión y función del mediador entre lenguas y culturas:

*"Tu brazo es fuerte, lo sé. Pero necesitas a alguien que posea las llaves del mar y de la montaña; que conozca las ilusiones y las desilusiones de esta tierra; sus fuerzas y sus debilidades, y sus temores también... Yo solo soy la lengua".*⁶⁷

Otro pasaje de la obra de Fuentes formula la eficacia del mediador lingüístico, cuando Marina en su labor de mediación se apresta, por amor, a manipular lo que sabe:

*"Te contaré los secretos de mi patria. Tú, por mi boca, todo lo sabrás de ella; ella nada sabrá de tí sino la mentira que asegure tu victoria. Eres plebeyo y mortal; serás por mi boca, dios e inmortal".*⁶⁸

Más adelante, cuando ya la guerra se desarrolla en territorio azteca y ella ya conoce el español quizás Marina haya podido prescindir de la mediación de Aguilar. Bernardino de Sahagún, cuando habla de la decisión de los otomíes de ponerse al servicio de Cortés ("se hablaron para saludar al capitán y a los españoles") no hace mención más que de Marina:

*"Como Marina hubo dicho al capitán lo que los indios decían, dijoles el capitán: "no toméis pena aunque me vaya, que yo volveré presto".*⁶⁹

En todo caso, casi todas las relaciones que tienen como asunto las cosas de Nueva España están plagadas de referencias a la actividad de la Malinche y de Jerónimo de Aguilar, aunque es evidente o, al menos, presumible, que la presencia de esta pareja de farautes o dragomanes no agota la historia de la interpretación en la primera época de la Conquista. Por limitarnos al ejército de Cortés, hay que suponer que la Malinche, no teniendo el don de la ubicuidad, no podía estar ejerciendo de intérprete "del dicho capitán" y al mismo tiempo estar en medio del fragor de las batallas interpretando para que las órdenes de Cortés al ejército de tlaxcaltecos –que se pusieron del lado de los conquistadores y fueron factor decisivo para la conquista y el sometimiento de los aztecas– tuvieran efecto o acompañar a la expedición a Coatzacoalcos que envía Cortés. De

hecho las relaciones mencionan la presencia de lenguas que obviamente no pueden ser Aguilar y Marina.

Con el tiempo y a lo largo de la campaña mejicana se habrá desarrollado una base mínima de posibilidades de comunicación lingüística entre el grueso de españoles y el de los indios que les acompañan, ya que tlaxcaltecas y españoles pelean conjuntamente contra los mexicas y la convivencia se hace intensa y prolongada. En Tlaxcala, tras el primer descalabro bélico en Méjico, los españoles permanecerán más de medio año, entre otras cosas para construir los bergantines que decidirían la conquista. Era tiempo suficiente para que se haya creado un cuerpo de expertos lingüistas. Al menos, eso dan a entender las relaciones cuando afirman que existe comunicación, sin mención de mediación, entre españoles e indios amigos e, incluso, entre españoles y aztecas.

*"Como los españoles hubieron entrado en los términos de Tlaxcala según la relación de los españoles que allí se hallaron, los principales de Tlaxcala, así hombres como mujeres, salieron a recibirlos con mucha comida y llevaronlos a la ciudad, cargando a cuestras los que no podían andar (...) y lloraron por el desastre que les había sucedido".*⁷⁰

De hecho, Sahagún nos da el nombre de otro faraute, *Tlacochealcátl*, que ha podido ser anterior a Malinche:

*"De que los españoles partieron de la ribera de la mar para entrar la tierra adentro, tomaron un indio principal que llamaban Tlacochealcátl para que los mostrase el camino, el cual indio habían tomado de allí de aquella provincia los primeros navíos que vinieron a descubrir esta tierra, el cual indio el capitán D. Hernando Cortés trajo consigo y sabía ya de la lengua española. Este juntamente con María eran intérpretes del capitán".*⁷¹

Dados los numerosos emisarios y destacamentos que manda Cortés a los diversos puntos de la geografía mejicana (a la exploración del Popocatepetl desde Cholula, a tierras de otros caciques o principales, a Coatzacoalcos, etc.) es forzoso colegir que ha dispuesto de un equipo de farautes que no se limitaba al dúo Malinche/Aguilar, si bien es cierto que ambos han constituido el equipo más destacado y básico y que ha tenido que ser de gran ayuda el que ambos hayan superado la masacre de la llamada Noche Triste, en la que tantos españoles perecieron víctimas del ataque de los indios

⁶⁷ Fuentes, Carlos, *Todos los gatos son pardos*, Siglo XXI, Méjico, 1970, p. 64.

⁶⁸ *Ib.*, p. 66.

⁶⁹ Bernardino de Sahagún, *op.cit.*, p. 742.

⁷⁰ *Op. cit.*, p. 743.

⁷¹ *Op. cit.*, p. 731.

cuando pretendían abandonar la capital Tenochtitlan.

Por su parte, en el hemisferio sur tenemos noticia de la labor de destacadas lenguas. Felipillo, a quien mencionamos en otro lugar, o Antonillo, la lengua que, según el mercedario Murúa, pide Manco Inca, sucesor de Atahualpa, a Hernando Pizarro para poder salir sin levantar sospechas de Cuzco:

*"Y concertado esto pidió licencia a Hernando Pizarro y a sus hermanos, diciendo que se quería ir a holgar y que le diesen algunos españoles que fuesen con él, para que allí se regocijase con ellos y lengua para hablar con los españoles que fuesen con él (...). Hernando Pizarro y los demás hermanos y capitanes, no recelándose de Manco Inca ni pareciéndoles tenía sentimiento de las injurias que le hacían, consintió que se fuese a Yucay, y dióle por intérprete a un indio huancavilca, llamado Antonillo".*⁷²

También se sabe de la presencia de los dos intérpretes yucatecos Melchorillo y Julianillo que sirven a Grijalva. Se puede fácilmente colegir que esta red de interpretación no ha bastado para que se entendiera un conglomerado humano en el que se hablaban un gran número de lenguas. Cuando por la Pascua de 1519 se lleguen al campamento español de San Juan de Ulúa unos indígenas de la región y pregunten en lengua "totonaque" por el "lopelucio" (=el señor), ni Marina ni Aguilar entienden la expresión:

*"Y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron; dijo la doña Marina en la lengua mexicana que si había allí entre ellos nahuatlato, que son intérpretes de la lengua mexicana; y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendían y hablarían".*⁷³

El pasaje puede hacerse valer como indicio de que el nahua o mexica ha podido servir de lengua de *liaison* entre los diversos pueblos, al menos durante la conquista.

Finalmente hay que advertir que las lenguas o intérpretes provenían tanto del campo de los conquistadores como de los conquistados. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en sus "Comentarios" testimonia que en su parlamento con los indios guaycurúes, "generación avasalladora de todos sus vecinos", estos utilizan a "su lengua", es decir a

su intérprete que, obviamente, han debido hablar o bien español o bien guaraní:

*"Y en su presencia se sentaron sobre un pie como es costumbre, entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nación de guaycurúes, y que ellos y sus antepasados habían tenido guerra con todas las generaciones de aquella tierra".*⁷⁴

Cortés se había dejado instruir sobre Moctezuma, de acuerdo con sus *Cartas de relación*, "por ciertas lenguas de aquella tierra que él tenía consigo".

Y el bienintencionado Vasco de Quiroga en su *Información en derecho*, alude a las quejas que los indígenas le traen por boca de sus propias lenguas:

*"Y traían un naguatato de la lengua de Méjico y Mechuacán, por quien nos hablaron".*⁷⁵

LOS TRADUCTORES EN LAS FUENTES INDIAS. Justo es indicar que también en la historiografía -precientífica, por supuesto- de los "vencidos" se hace frecuente mención de los intérpretes, por lo que cabe pensar que para la memoria colectiva tanto de una como de otra parte han debido de ser figuras de primera línea, protagonistas de los episodios que habían dado lugar a la Nueva América. En la colección de textos aztecas reunidos por León Portilla bajo el título de *Visión de los vencidos* se recogen pasajes en los que anónima o expresamente se menciona la figura del intérprete. En el Códice florentino, una de las muchas relaciones indígenas de los hechos, al hablar del encuentro de Cuauhtémoc con Cortés, tras la segunda entrada de este en Méjico, se hace aparecer repetidas veces a la Malintzin:

"Entonces Malintzin le dice lo que el capitán le decía",

o, más adelante,

*"Entonces Malintzin le dice lo que decía el capitán".*⁷⁶

En el códice Aubin, otra colección de testimonios indígenas recogidos hacia 1570, se

⁷⁴ Cabeza de Vaca, op. cit., p. 120.

⁷⁵ Vasco de Quiroga, "Información en Derecho" en *La Utopía en América*. Historia 16, 1998, p. 78.

⁷⁶ *Visión de los vencidos*. Historia 16, Madrid, p. 161. La obra de León-Portilla, aparecida hace casi medio siglo, se ha reeditado en numerosas ocasiones y experimentó una nueva difusión con ocasión del V Centenario. Hoy en día el mismo título sirve para emisiones televisivas en las que se pretende dar una visión revanchista del acontecimiento histórico.

⁷² Fray Martín de Murúa, *Historia General del Perú*. Crónicas de América, 201, p. 222.

⁷³ Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Alianza Méjico, 1991, p. 104.

narra un episodio de la relación de Moctezuma con Cortés, Malintzin mediante:

"No más lo vio Motecuhzoma y dijo a Malintzin".⁷⁷

Incluso, según el Códice florentino, la Malintzin se habría dirigido a los mejicanos *motu proprio* animándoles a venir a departir con los españoles:

"Vino a llamar. vino a estar convocando a todos los nobles Malintzin".⁷⁸

El código Ramírez, colección de relatos indígenas recogidos por un jesuita a finales del XVII, narra el encuentro en Tezcoco del príncipe Ixtlilxochitl y Cortés, así como la rápida conversión al cristianismo del primero gracias a la habilidad lingüística y expositoria de Aguilar:

(...) llegaron Ixtlilxúchitl y sus hermanos con mucho acompañamiento de gente, de la cual se receló al principio Cortés, pero al fin por señas y por intérprete supo que venían de paz... Y al fin por lengua de Marina y Aguilar le rogaron que fuera de Tezcoco (...). Agradecido Cortés (...) quiso en pago, por lengua del intérprete Aguilar, declararles la ley de Dios... Declaróles el misterio de la creación del hombre y su caída, el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación para reparar al hombre y el de la Pasión y Resurrección (...)".⁷⁹

Podríamos continuar listando las intervenciones de estos intérpretes indígenas, también llamados bozales o ladinos, pero baste esta muestra para demostrar que en ambas partes se tuvo conciencia de la importancia de la comunicación.

MÁS ALLÁ DE LA CONQUISTA. LA ASISTENCIA JURÍDICA LA EDUCACIÓN INDÍGENA Y LA PRIMERA ANTROPOLOGÍA AMERICANA. Capítulos aparte de esta decisiva intervención cultural y administrativa del intérprete y del traductor en esta época lo constituyen la evangelización en las colonias europeas –sobre todo en las españolas– y la administración de justicia. No solo la conquista, también la colonización y la cristianización, así como la recuperación del pasado en escritura alfabética para el mundo del futuro y de las lenguas indígenas se deben a la esforzada entrega de muchos traductores e intérpretes (religiosos, la mayoría de ellos) que con gran entrega y en fecundo diálogo con los indígenas (recor-

demostramos que se conocen los nombres de algunos de los informadores que sirvieron de "documentadores" para las colecciones de Bernardino de Sahagún) recuperaron los testimonios del pasado y de la sabiduría ancestral indígenas⁸⁰. Es este un rasgo que diferencia la española de otras colonizaciones, pues, mientras los misioneros franceses e ingleses se mostraron fundamentalmente preocupados por transmitir la buena nueva del Evangelio⁸¹, es decir, la propia cosmovisión –la Biblia se traducirá, por ejemplo, al algonquino en el siglo XVIII–, en los virreinos españoles se registra una gran actividad de recuperación de las antigüedades amerindias que incluso se hacían llegar a los monarcas en España: Tal, el caso de *La Breve y Sumaria relación* que Alonso de Zorita envía a Felipe II en 1570 con una recopilación de los textos en que se había vertido lo que Miguel León-Portilla llama la "antigua palabra", es decir, la literatura y sabiduría orales de los pueblos mesoamericanos⁸². Las razones que apoyaban el envío de esta relación, una más entre las muchas que produjo la presencia española en América, son testimonio de una conciencia que ha descubierto la alteridad que enriquece la mismidad de la cultura descubridora:

⁸⁰ Es este un aspecto que con harta frecuencia olvidan numerosísimos eruditos hispano-americanos, descendientes, en todo caso más directamente que los peninsulares, de conquistadores y colonizadores y que, sin embargo, practican un "indigenismo de salón", muy lejano del compromiso real y personal con la situación penosa de los pueblos indígenas.

⁸¹ El mencionado relato del francés P. Labat (*Voyages aux Isles de l'Amérique*. Casa de las Américas. La Habana, 1972) no manifiesta que su autor tenga mayor conciencia lingüística. Las compañías francesas de Senegal y Guinea tienen un contrato con el rey que las obliga a llevar a las pequeñas Antillas más de dos mil esclavos al año. Cuando relata la instrucción cristiana que se da a los esclavos negros, recién llegados de África, Labat no menciona en absoluto los procedimientos de comunicación utilizados (p. 172 y s.). Si bien en un pasaje habla de tres tipos de lenguas que ha encontrado en las Antillas y solo ocasionalmente pregunta la designación de las cosas para su diccionario particular: "Una de esas embarcaciones era mucho más grande que la otra (...). Pregunté el nombre y me respondieron que bacassa", (p. 64). A esas alturas de su estancia americana parece que el dominico francés es muy ducho en la comunicación o posee un buen faraute que le traduce a juzgar por el desarrollo de alguna escena: "Me lo ofrecieron muy cortésmente diciéndome que era el brazo de un inglés que ellos habían matado hacía poco en una descendida a Barbuda".

⁸² Ver *Testimonios de la antigua palabra*, ed. de Miguel León-Portilla y trad. Librado Silva Galeana, Madrid, 1990; y M. León-Portilla, *El destino de la palabra. De la oralidad y los glifos mesoamericanos a la escritura alfabética*. México, 1996.

⁷⁷ Ib., p. 128.

⁷⁸ Ib., p. 117.

⁷⁹ Ib., p. 108.

"Y para que se vea que no son tan faltos de razón, como algunos los hacen, se ponen aquí a la letra. A Vuestra Majestad, humildemente suplico, si pareciere que es salir del propósito de lo que Vuestra Majestad pretende saber, se me perdone... por creer que será servido de saber estas cosas".⁸³

Digase lo mismo de otras tantas "relaciones" que pretendían informar de los fueros y desafueros que se cometían en la administración de un encuentro que, como todo lo humano, tenía luces y sombras. La que redacta el vallisoletano Polo de Ondegardo en calidad de corregidor de Cuzco en 1571 da de nuevo fe de las buenas intenciones que rigen semejantes escritos (*Relación de los fundamentos del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros*, 1571). El corregidor expresa sus intenciones:

"Movíame mucho que el conde de Nieva –visorrey que fue de estos reinos– y el comendador Briviesca de Muñatones me mostraron una instrucción de Su Majestad firmada de la Serenísima princesa doña Juana; en la cual mandaba que particularmente se averiguasen en esta tierra la mayor parte de las cosas que en esta relación se han de tratar, después de haber trabajado lo posible en la averiguación de los dichos capitulos".⁸⁴

En esta averiguación, el vallisoletano dice atenerse a los "originales" (¿?) de los incas: "de lo cual en sus originales hay bastante memoria". Posiblemente se refiera Polo de Ondegardo a representaciones pictóricas que servían, como en Méjico, de escritura.

Por otra parte, ya hemos dicho arriba que las lenguas han asistido como fedatarios de las capitulaciones, convenios o "tratados internacionales" entre las partes implicadas en los "encuentros". Así, por ejemplo, cuando Cabeza de Vaca intenta poner fin a las hostilidades mutuas entre guaycurues y guaraníes. Una delegación de los primeros, se acerca al campamento español, compuesto de "cristianos" y guaraníes, que, a su vez, les mandan emisarios provistos de sus correspondientes intérpretes:

"Dende a cuatro días que el prisionero se partió del real, un lunes por la mañana llegó a la orilla del río con toda la gente de su nación, los cuales estaban debajo de una arboleda a la orilla del río Paraguay, y sabido por el Gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas (...) para saber y entender qué gente eran".⁸⁵

Acto seguido, una delegación de los belicosos indígenas pasan a parlamentar con el Gobernador, a quien explican su conversión a la causa de la paz... naturalmente a través del intérprete que traen consigo y que obviamente debía haber aprendido el castellano de una manera de la que no se da noticia:

"Y en su presencia se sentaron sobre un pie como es costumbre, entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos era principales de su nación y que ellos y sus antepasados habían tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra (...)".⁸⁶

El intrépido explorador andaluz les haría saber, a través de las lenguas, que aceptaba sus intenciones:

"Y visto por el Gobernador lo que los indios guaycurues dijeron por su mensaje, y que una gente tan temida era en toda la tierra venían con tanta humildad a ofrecerse y ponerse en su poder (...) les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era venido por mandado de su majestad (...) y a ponerlos en paz y sosiego, y a favorecerlos y hacerlos buenos tratamientos; y que si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacían a los indios guaraníes, que él los ampararía".⁸⁷

Por su parte, Gonzalo de Mendoza mandará a "requerir y amonestar" de parte de su majestad a los belicosos indios Guacani y Atabare para que cesen en sus hostilidades contra las "naciones amigas", "siendo requeridos y amonestados una, dos y tres veces, y cuantas más debiesen y pudiesen" a través de farautes, y en caso de que no se atuviesen a las amonestaciones "con el menor daño que pudiesen les hiciesen guerra, excusando muertes y robos y otros males". Domingo de Irala, que se encarga de la ejecución de la orden, envía efectivamente a los intérpretes para requerir a los indígenas, quienes inicialmente hacen caso omiso para finalmente acabar sometiéndose a las leyes de la convivencia pacífica.⁸⁸ Cabe pensar, en todo caso, que no ha sido nada fácil el trabajo de estos servidores de la palabra que lo eran igualmente de la convivencia.

Y no solo la jurisprudencia en estas improvisadas "cancillerías internacionales". También la jurisprudencia más cotidiana, la que se dirimía en las audiencias y cabildos, ha contado con la presencia de los farautes, a juzgar por las leyes de Indias que regulaban o, en su caso, castigaban, por

⁸³ Citado según León-Portilla, *Testimonios*, p. 8.

⁸⁴ Polo de Ondegardo, *El mundo de los incas*. Madrid, 1990, p. 37.

⁸⁵ Cabeza de Vaca, op. cit., p. 120.

⁸⁶ Ib., p. 120.

⁸⁷ Ib., p. 121.

⁸⁸ Ib., p. 136.

ejemplo, el trato de los intérpretes con aquellos que tenían causas abiertas ante las instancias judiciales. La investigadora Bárbara Cifuentes en su interesante trabajo *Letras sobre voces*, ha recogido algunos ejemplos de esta jurisprudencia que aquí, por carencia de espacio, no podemos comentar.

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO Y DE LAS LENGUAS AMERINDIAS. En este sentido, tanto los aspectos lingüísticos de la administración de la justicia como de la enseñanza y la evangelización estuvieron modélicamente regulados. Todo indígena tenía derecho a ser asistido por un intérprete o naguatato y si en un principio la propagación de la lengua castellana, encomendada en Méjico, al igual que la evangelización, a los religiosos franciscanos fue una vía de integración hispánica, pronto la actuación misionera sirvió de potenciación de la lengua nahua⁸⁹.

Ya a la llegada de Pedro de Gante, conocido del Emperador y primer franciscano que -en compañía de otros tres frailes- se establece en Nueva España, empieza la actividad de recuperación del saber filológico de los nuevos espacios culturales, tal y como afirma Juan Torquemada en su *Monarquía Indiana*.

(“En esto comenzaban a ocuparse, y coger algunos Vocablos de la Lengua Mexicana, quando llegaron los otros doce”.⁹⁰)

y será continuada por esos célebres doce apóstoles mejicanos, cuya historia está recogida en la *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de Méjico*, escrita por fray Agustín de Vetancur y dada a la luz en 1697⁹¹. El mismo Pedro de Gante enseña ya a los indios en su lengua (en Tlascalá, Tezcoco y Méjico).

La facilidad de la comunicación ha sido una pretensión prioritaria, estableciéndose, ya desde un primer momento, colegios en los que convivieran españoles, mestizos e indios, como, por ejemplo, el de Michoacán, cuyo título real era Colegio de Españoles, Mestizos é Indios. En 1532, cuando Pedro

de Gante escribe al Emperador, le advierte que, gracias a esas escuelas, ya hay “buenos escrivanos y predicadores o platicos”. De hecho, pronto se ha requerido que los evangelizadores deban saber la lengua no “comoquiera” sino en profundidad para poder ejercer la misión. Una ley firmada por Felipe II en el palacio de El Pardo en 1578 establece que los sacerdotes no sean admitidos “a las Doctrinas y Beneficios de los Indios”, si no supieren la lengua general en que han de administrar. Esta disposición no pretendía ser papel mojado y por eso se estipula que el clérigo en cuestión

“*presente fe del Catedrático que la leyere, de que ha cursado en la Cátedra de ella un curso entero o el tiempo que bastare para poder administrar y ser curas*”.⁹²

Añadía esta disposición, que se repetiría en 1580, que “esto se cumpla y ejecute invariablemente”. El mismísimo Las Casas da testimonio de este aprendizaje lingüístico que pretende asegurar una comunicación al menos suficiente. En su *Apologética historia*, Las Casas se queja -a pesar de que, como obispo de Chiapas, pastorado que no ejerció mucho tiempo, prefirió venir a la Península a codearse con los eruditos del derecho indiano y de gentes⁹³ sin haber aprendido el

⁹² *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*. Citado según Bárbara Cifuentes, *Letras sobre voces*. Juárez, 1998, p. 76.

⁹³ En Valladolid tendría lugar en 1550 la célebre disputa de Las Casas con Sepúlveda (1490-1573) acerca del derecho que asistía a los españoles en su conquista de América. Contra Las Casas escribiría su *Tratado sobre las justas causas de las guerras contra los indios*. El jurista cordobés defendía el derecho español a su presencia en América, mientras Las Casas cargaba con su “intolerancia filantrópica” contra este teólogo que había estudiado en Bolonia. A pesar del eco de las diatribas lascasianas contra la actuación española, todavía a principios del siglo XX existían en el Méjico post-hispánicos situaciones de esclavitud, como confiesa Kenneth Turner en su *Méjico bárbaro* (1908), quien a su paso por el Yucatán ha descubierto personas mantenidas como esclavos. Esto, repetimos, aunque habían pasado ya más de tres siglos de los gritos de Las Casas y de sus discusiones con Ginés de Sepúlveda en Valladolid, uno de la independencia y medio desde que empezara esa revisión apologética de la figura del obispo de Chiapas de la que, por ejemplo, es buen testimonio la biografía, aparentemente laudatoria, del fraile zamorano Toribio de Motolinía, escrita por Fernando Martínez. Era más bien una apología del dominico que se escribía cuando seguían cometándose idénticos desmanes a los que los indigenistas achacaban a los conquistadores españoles. Quizás el historiador mejicano pretendía lavar con su indigenismo ferviente, el hecho de haber tomado partido por el invasor francés y el Archiduque Maximiliano de Austria emperador de Méjico.

⁸⁹ El tema de la actividad compilatoria y traductora de los frailes franciscanos ha sido amplia y profundamente estudiado por León-Portilla. Aquí importa presentar un panorama que destaque la función cultural de esta actividad en un contexto integrado y general.

⁹⁰ También en la misión de Perú se habla de doce apóstoles franciscanos, siendo, pues, esta designación ambigua.

⁹¹ Reed. en Porrúa, 1982.

idioma de sus feligreses a juzgar por las acusaciones que en este sentido le dirige fray Toribio de Motolinía— de que los españoles no sepan las lenguas indígenas, extremo que él exagera⁹⁴. Preguntándose si los indígenas mayas del Campeche tenían un ejército profesional, afirmaba su ignorancia, pues:

“ni hay español alguno que cure saber aquestas particularidades, porque ninguno hay que sepa sus lenguas ni ponga diligencia en sabella, porque son otros sus cuidados (...) sin duda es de creer que tienen sus leyes y sus honores y remuneraciones (...) que nosotros por falta de la lengua y de noticia dello no alcanzamos”.⁹⁵

Más adelante:

“Que si lo que cuenta contiene alguna verdad, que no lo han podido saber ni descubrir sino quien tiene por principal cuidado y oficio sobre ello se desvelar (en) saber y escudriñar y penetrar las lenguas, y esto solamente son por la mayor parte y cuasi siempre sin excepción no otros sino los frailes porque como aca no pasasen, al menos los que son verdaderos frailes, sino para predicar y traer luz a estas gentes dándoles noticias de la verdad y retraerlos de los errores y ceguedad en que por ignorancia de las cosas divinas vivían, tienen absoluta y extrema necesidad de saber sus lenguajes, no comoquiera, sino hasta lo último y más secreto de ellos penetrarlos (...) los demás, como no tengan ni hayan tenido este oficio ni este cuidado, creen bastante saber de las lenguas estas palabras: “daca pan y daca oro” y toma eso y daca esotro” y otras ordinarias semejantes. De aquí es que por maravilla se halla español alguno que no sea fraile que sepa lengua alguna, no solo no bien penetrándola, pero, ni aun llegando a la mitad della”.⁹⁶

Él mismo no sabe ninguna lengua, aunque, como excusa, confiesa haber obtenido información de otros religiosos acerca de las “antiguallas” indias:

“yo he visto y experimentado en muchas partes que dellas he andando en compañía de religiosos que sabían penetrar muy bien las lenguas y dello que he trabajado de ser informado pidiendo por cartas a expertos religiosos me diesen destas antigüedades noticias”.⁹⁷

Con referencia a Perú, en esas fechas en las que él escribe la Apologética historia, fechas en las que posiblemente no se ha llevado a

⁹⁴ En todo caso y por lo que a nuestro tema respecta, hay que constatar que la simpatía que pueda provocar este fanático savonarola sevillano que, como decimos, no actuó con el celo debido en Chiapas, no puede ocultar que su ignorancia y desinterés lingüísticos son un punto negativo, muy negativo, en su saldo histórico.

⁹⁵ Las Casas, Bartolomé, *Apologética Historia*. Bailly/Bailliére. Madrid. 1909

⁹⁶ *Ib.*, p. 23.

⁹⁷ *Ib.*, p. 27.

cabo todavía la conquista, Las Casas escribe que ya hay

“religiosos que por muchos años de conversación y experiencia la lengua de aquella tierra estudiaron”.⁹⁸

Es de destacar que la enseñanza del castellano a los indígenas ha sido, desde el punto de vista legal, voluntaria y nunca obligada o impuesta:

“ordenamos que á los indios se les pongan Maestros que enseñen a los que voluntariamente la quisieren aprender, como les sea de menos molestia, y sin costa”.⁹⁹

reza una de estas leyes lingüísticas. Bárbara Cifuentes llega a afirmar a este respecto que “Carlos V destacó en la legislación que solo debía enseñarse el castellano a los indios que así lo quisieran”¹⁰⁰. Incluso los evangelizadores prefirieron con el tiempo el uso de las lenguas indígenas. Igualmente ha habido leyes que recomendaban que los misioneros aprendieran las lenguas indígenas, hasta el extremo de que los Superiores tenían la capacidad de remover de la enseñanza de la doctrina a “aquellos que no supieran la lengua o idioma de los indios”. Más tarde, desde 1536, bajo el virrey Mendoza, las lenguas amerindias serían promovidas ampliamente tanto en el uso como en la enseñanza:

“esa solicitud [a favor del nahua] y ese modelo de proceder no eran exclusivos de la Nueva España, sino que se habían generalizado entre los religiosos asentados en distintas áreas del continente durante los siglos XVI y XVII. Para la evangelización del Nuevo Reino del Perú se empleaba el quechua; en los valles de Bogotá y el territorio de Tunja, el chibcha y en Brasil y Paraguay, se había elegido el tupi-guaraní”.¹⁰¹

Gracias a ese fomento de las lenguas “universales” amerindias, según la investigadora mejicana, el náhuatl se generalizó todavía más. Las afirmaciones acusatorias de algunos críticos en el sentido de que los conquistadores habrían impuesto el español a la fuerza no son del todo ciertas. Incluso se ha dado el caso de pedir al rey español que impusiera la lengua mejicana, el náhuatl, lengua que, a juzgar por lo que escribe fray Rodrigo de la Cruz en 1550, se

⁹⁸ *Ib.*, p. 29.

⁹⁹ Cifuentes, B., *Letras sobre voces. Multilingüismo a través de la historia*. Ciesas, Juárez, 1998, p. 249.

¹⁰⁰ *Ib.*, p. 101.

¹⁰¹ *Ib.*, p. 103.

ha debido extender aún más tras la conquista:

*"A mí pareceme que Vuestra Majestad debe mandar que todos deprendan la lengua mexicana, porque ya no hay pueblos en que ya no hay muchos indios que no la sepan y la deprendan sin ningún trabajo, sino e uso y muchos se confiesan en ella. Es lengua elegantísima y hay arte hecha y vocabulario y muchas cosas de las Sagradas Escrituras vueltas en ella y muchos sermonarios y hay frailes muy grandes lenguas".*¹⁰²

Un extremo que no hemos averiguado es si esas "cosas de las Sagradas Escrituras" han sido "vueltas", es decir, traducidas, solo al náhuatl alfabetizado o también a los pictoglifos propios de la cultura literaria azteca en la que se han fijado los famosos códices.

Así pues, por lo que se refiere a la misión, ya desde el primer momento se ha sentido la necesidad de atender la comunicación lingüística, cosa que, por otra parte, constituía ya una tradición en el perfil del intelectual cristiano, fuera este monje o cristiano de a pie. Jerónimo, Ulfilas, Cirilo y Metodio, los misioneros y viajeros franciscanos a Mongolia (Giovanni de Carpine), los jesuitas que por esa época se empeñan en la investigación del Oriente (Japón y China) habían dado muestras de este sentido de curiosidad respetuosa ante lo otro, recogiendo documentos, memoria y antigüedades de los países que visitan.

El caso de Méjico es paradigma, aunque no único, de esta labor de propagación y recuperación culturales (otros lo llamarán inculturación) llevada a cabo por los misioneros españoles¹⁰³. Tan pronto como ha comenzado lo que podíamos llamar la "pax hispana" en Méjico, los llamados doce apóstoles franciscanos¹⁰⁴ han puesto manos a la

obra a una evangelización que no estorbaba el mantenimiento de las costumbres y hábitos culturales compatibles con la nueva fe que se les quería transmitir. La fundación de los conventos-colegio de Tezcoco y de Tlateloloco por parte de los franciscanos supuso un punto de referencia de la nueva vía que emprendía la sociedad india: la de la integración en la cosmovisión de los conquistadores, sin duda –justo, aunque quizás no políticamente correcto, es decirlo–, más avanzada¹⁰⁵. En ellos o en torno a ellos actuaron y se distinguieron las figuras de Pedro de Gante, de Andrés de Olmos, de Toribio de Benavente, de Bernardino de Sahagún, de Juan de Zumárraga y un lago etcétera que en la mayoría de los casos mostraron un respeto hacia la lengua y la cosmovisión de unos pueblos a los que, por imperativos de su propia misión, debían convertir a la religión cristiana.

Por eso, en los trabajos de historiografía, paleografía, arqueología, crítica literaria y coleccionismo que los misioneros hicieron para recuperar las antigüedades indianas se presta la atención debida a un capítulo que fue central en la relación entre indios y colonizadores: la comunicación. En ellos no se trataban los temas de relumbrón que aireaban, por ejemplo, los problemas jurídicos de la conquista, espacio intelectual muy propicio para el lucimiento de los eruditos, fueran estos Las Casas o Ginés de Sepúlveda. Eran testimonios de una relación más directa, informes de la vida cotidiana en Nueva España o de Nueva Castilla en la que lo fundamental era llegar al otro. En la ya mencionada *Monarquía indiana*, escrita a principios del siglo XVII –es decir, fuera ya de la dialéctica de las anales y relaciones que se escriben con carácter apologético o acusatorio de unos y otros– por Juan de Torquemada, desde el primer momento los problemas lingüísticos son puntos de referencia de la exposición. Así, por ejemplo, cuando transcribe el largo discurso en el que los frailes piden a los indios que les entre-

¹⁰² Citado según Cifuentes, op. cit., p. 78.

¹⁰³ Toda la labor desarrollada por los misioneros ha sido perfectamente estudiada por el grupo de investigadores congregados en torno a la figura de Miguel León-Portilla, a menudo con sentido reivindicativo, no tanto de lo hecho por los evangelizadores cuanto de la cultura indígenas, tal y como hace, por ejemplo, Pilar Máynez en "Traducciones de textos nahuas recogidos por Sahagún" (en *Su aliento, su palabra. Homenaje a Miguel León Portilla*. Méjico, 1997).

¹⁰⁴ Justo es mencionar que, junto a la de los franciscanos, también la labor realizada por los agustinos, mercedarios y dominicos y jesuitas fue muy meritoria. En el hemisferio sur se distinguieron, sobre todo, dominicos, mercedarios y jesuitas, siendo las reducciones de Paraguay llevadas a cabo por los jesuitas un ejemplo de esa integración intercultural. En este contexto cabe destacar que ni los carmelitas ni los jerónimos, órdenes muy hispanizadas, sintieron el imperativo de la misión. Los jerónimos solo ocasionalmente (con ocasión

de visitas recaudatorias o de nombramientos reales) han pisado tierra americana.

¹⁰⁵ Cada uno es libre de juzgar la cosa según sus propios criterios. El problema es la objetividad de estos. Desde la consideración histórica desapasionada habrá que reconocer que, a costa de perder entidad e identidad, los galos, los teutones o los hispanos de comienzos de nuestra era sufrieron un proceso de aculturación que, sin embargo, les reintegró en un sistema global más perfecto: el romano. Quizás esto pueda aplicarse también en el caso de la Colonia.

guen sus hijos, discurso que ha sido recogido por fray Bernardino de Sahagún:

*"Esta, y otras Platicas, que hicieron aquellos primeros Padres, luego que vieron à estos caciques, y Señores, en los quales se contiene la Doctrina, que les enseñaron, escribió el Venerable Padre Frai Bernardino de Sahagún, de buena memoria, que vino pocos años después de los primeros y trabajó en esta obra de la conversión mas de sesenta años".*¹⁰⁶

En el capítulo XIII del libro XV refiere "Del modo, que tuvieron estos Ministros Evangélicos, para enseñar a los niños, Hijos de los Señores, y Hombres Principales, y otros niños". Conforme a sus indicaciones, junto a los conventos se habrían edificado unos aposentos donde debían acoger a los niños que pensaban enseñar,

*"para que así fuesen instruidos y durmiesen; y junto a esta grande Sala, se hicieron otras pequeñas, para lo que les fuese necesario (...) que... era una manera de Colegio".*¹⁰⁷

Estas casas y salas ocupaban el interior de los claustros conventuales. Torquemada nos hace referencia a un episodio que posiblemente ha dado un giro característico a la enseñanza emprendida en Nueva España: Dado que los caciques y principales no querían desprenderse de sus hijos, hacían pasar a los de sus siervos como propios, con lo que

*"doctrinados, enseñados en la Lei de Dios y en saber leer y escribir, salieron hombres hábiles, y vinieron después a mandar las Repúblicas, y a sus Amos a la vuelta de otros".*¹⁰⁸

El régimen de internado establecido en estos conventos ha sido muy semejante al que todavía hoy se estila en algunas instituciones docentes; en ellos han llegado a albergarse hasta mil niños –en cálculos del historiador franciscano– que se encomendaban a

"unos Viejos Ancianos, que miraban por ellos, y les davan de comer lo que les traían sus Madres, y la Ropa limpia, y otras cosillas que havían menester, que para lo demás, no tenían necesidad de Guardas, porque en todo el día no se apartavan dellos algunos de los religiosos, trocándose à veces. Después que llegaron a tener noticia de su Lengua, y la comenzaron à hablar con libertad y desenvoltura, ya no dormían después de Maitines... se ocupaban en enseñar a los Indios, hasta la hora de Misa, y después de Misa, hasta

*hora la hora de comer. Después de comer, descansavan un poco, y luego bolvian a la Escuela hasta la tarde (...) Lo primero que en estas escuelas les començaron a enseñar fue (...) rezar el Pater noster (...), todo esto en latín (por no saber los religiosos su lengua, ni tener Intérpretes, que lo tradugesen y bolviesen a ella, lo demás que podían, por señas, como Muchos se lo davan a entender, y después que supieron Lengua, por palabra".*¹⁰⁹

En el capítulo siguiente habla

*"del grande trabajo, que estos apostólicos Padres pasaron, a los principios, por no saber la Lengua de los Indios; y de los medios, que tomaron para aprenderla, y del modo que tuvieron de enseñar la Doctrina".*¹¹⁰

También de su insatisfacción por no poderse comunicar con los indígenas y transmitirles la doctrina:

*"Esto les tenía muy desconsolados, y afligidos, en aquellos principios, y no sabían que hacerse. Porque aunque deseaban, y procuraban de aprender la Lengua, no avia quien se la enseñase".*¹¹¹

Ante esta situación de insatisfacción los buenos frailes han ideado un método que les hacía superar el sentido de la modestia y la gravedad religiosas y ponerse a jugar con ellos:

*"con pajuelas, o pedrezuelas, los ratillos, que tenían de descansos y esto hacian para quitarles el empacho de la comunicación; y traían siempre papel, y tinta en las manos, y en oiendo el Vocablo al Indio, lo escribían, y el propósito que lo dijo"¹¹². A la tarde juntávanse los religiosos, y comunicaban los unos, a los otros sus escritos, y lo mejor que podían conformavan a aquellos Vocablos el Romance, que le parecía convenir. Y aconteciolet, que lo que oi les parecía, que avian entendido, mañana les parecía no ser así".*¹¹³

Es obvio que la actividad translatoria que después ejercieron tuvo que ir precedida de esta costosa labor de investigación filológica. Efectivamente, fruto de esta y comienzo prácticamente de la filología náhuatl fueron las obras que dan a la imprenta el extremeño fray Alonso de Molina (*Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*), y Andrés de Olmos (*Arte para aprender la lengua mexicana*). La gramática del náhuatl, que Olmos acabó en 1547, comprendía una pequeña

¹⁰⁹ Ib., p. 29.

¹¹⁰ Ib., p. 32.

¹¹¹ Ib., p. 32.

¹¹² Advértase el sentido lexicográfico depurado que tiene al no recoger solo el concepto, sino también el contexto: "el propósito que lo dijo".

¹¹³ Ib., p. 32.

¹⁰⁶ Torquemada, op. cit., p. 27.

¹⁰⁷ Ib., p. 28.

¹⁰⁸ Ib., p. 29.

antología de textos en esta lengua. Por otra parte, son numerosos los diccionarios y gramáticas que de las lenguas indígenas se realizan, casi todos ellos con intenciones pastorales. Tales son, por ejemplo, el diccionario misteca, del dominico fray Francisco de Alvarado (1593) o el motul, de fray Antonio de Ciudad Real.

Producto de esa investigación¹¹⁴ fueron obras pastorales y catequesis en náhuatl como el *Breve y más compendiosa Doctrina Cristiana* de Molina o de arqueología literaria como los *huehuehlahtolli* de Olmos, Sahagún y muchos otros santos varones. Fray Andrés de Olmos, “la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra, y hombre docto y discreto”, es comisionado en 1533 por su superior fray Martín de Valencia

“para que sacase en un libro las antigüedades de estos naturales indios, en especial de México y Tezcucó y Tlaxcala, para que de ello hubiese alguna memoria, y lo malo y fuera de tino se pudiese mejor refutar y, si algo bueno se hallase, se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles”.¹¹⁵

El fraile franciscano entrevistaría a los próceres y ancianos y consultaría las pinturas, libros y códices que conservaban los caciques. Estos escribirían en su lengua, sacándolos de los pictoglifos, una serie de textos de carácter sapiencial, fruto de lo cual son los *huehuehlahtolli* o preceptos morales que se trasmitían oralmente de padres a hijos en lengua náhuatl. Que los indígenas tenían en estos pictoglifos una escritura eficaz como memoria de sus tradiciones orales no debe extrañar, pues no hacían sino algo parecido a lo que hoy en día es la técnica de la toma de notas de la interpretación consecutiva.

El P. Olmos se ha percatado, y no ha sido el único, de que las diferencias de sistema lingüístico y cultural dificultan enormemente la comunicación:

“Cosa prolija sería poner todas las oraciones en las cuales discrepa nuestro romance de la manera de decir de la len-

gua, quiero decir que lo indio no corresponde al castellano”.¹¹⁶

Su hermano de hábito Bernardino de Sahagún, recogería con el mismo método otros 40 *huehuehlahtolli* de la región de Tlatelolco y que él calificó con admiración de “rethorica y philosophia moral y theologia de la gente mexicana”. La admiración del fraile leonés por esta sabiduría le llevó al extremo de exponerse a las suspicacias inquisitoriales por afirmar que algunas de las pláticas por el recogidas más aprovecharían “dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están (mutatis mutandis), que muchos sermones, a los mozos y mozas”.

Estas pláticas morales, según afirma León-Portilla, continuaron siendo transmitidas libremente después de la Conquista, hasta el extremo de que Zorita los incluiría en su “relación” a Felipe II. Finalmente se publicarían en 1600 en edición del también franciscano de Tlatelolco fray Juan Bautista de Viseo, mejicano que aprendería el náhuatl como sus ilustres hermanos de hábito, bien que a su pesar y por indicación de frailes venidos de la Península. El investigador mejicano es claro al respecto:

(...) “El intercambio cultural, en lo que a los mesoamericanos concierne no se limitó... a un mero someterse y tener que aceptar ideas, creencias, instituciones, técnicas, nuevos cultivos y animales, sino también a merecer el reconocimiento en formas suyas de expresión como estas de los huehuehlahtolli. Siendo verdad innegable que a los españoles les interesaron los metales preciosos y también algunos fármacos y plantas alimenticias mexicanas, es también cierto que a España llegaban varios libros o códices mesoamericanos que provocaron la admiración de los humanistas como Pedro Mártir de Anglería, y asimismo algunos pocos textos de la antigua palabra”.¹¹⁷

El mencionado Juan Bautista dispondría la publicación de numerosas traducciones al nahua, entre ellas el *Sermonario en lengua mexicana*, así como un *Confessionario en lengua mexicana y castellana* y la traducción al náhuatl de la *Vida y milagros del bienaventurado Sant Antonio de Padua*, de fray Marcos de Lisboa, lo que da fe de la atención y respeto que se prestaba a la cultura de destino, incluso por parte de los religiosos venidos de fuera, como el fray Arnaldo de

¹¹⁴ La mejor información sobre los escritos en náhuatl la ha reunido Ascensión H. de León-Portilla en *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl*. UNAM. Méjico. 1988.

¹¹⁵ Mendieta, Jerónimo, *Historia eclesiástica indiana*, citado según Miguel León-Portilla, “Introducción” en *Testimonios*, p. 9.

¹¹⁶ La obra de Olmos, *Arte de aprender la lengua mexicana*, vería la luz en 1547, es decir, cinco lustros después de la conquista de Méjico. La obra sería reeditada en 1885 y, más recientemente, por el matrimonio León-Portilla

¹¹⁷ Miguel León-Portilla, *Testimonios*. Pág. 15.

Basacio (“francés de nación”) mencionado por fray Juan Bautista.

Es más que evidente que en esta fijación de los conceptos culturales indígenas, estos hombres, movidos por un interés humanitario, han debido de encontrar grandes dificultades de carácter intelectual y lingüístico. El autor de la mencionada *Relación de Michoacán*, probablemente un fraile franciscano, describe la historia de los tarascos oída a los ancianos de ese pueblo. Al virrey Mendoza le da noticia de las penalidades de traducción e interpretación a las que se ve confrontado, ya que tiene que manejar conceptos para los que no existe equivalente:

“y digo, que apenas hay otra virtud entre ellos, porque aun nombre propio para ninguna de las virtudes tienen, donde parece que no las obraban, porque para decir castidad, se ha de decir por rodeo en su lengua, y así de otras virtudes como es templanza, caridad, justicia, que aunque tengan algunos nombres, no las entienden”.¹¹⁸

Tan es así que la “relación”, en la que el franciscano solo ha intervenido como intérprete de los ancianos a los que ha preguntado acerca de los orígenes y creencias de los tarascos del oeste de México, advierte que para entender su redacción, que pretende ser fiel a sus fuentes, el lector debe situarse en la manera de ser, pensar y expresarse del pueblo indígena:

“A esto digo que yo sirvo de intérprete de estos viejos, y haga cuenta que ellos lo cuentan a Vuestra Señoría (...) Vuestra Señoría haga pues enmendar y corregir y favorezca esta escritura (...) porque esta lengua y estilo parezca bien a los lectores y no echen al rincón lo que con mucho trabajo se tradujo en la nuestra castellana. Lo que aviso más a los lectores, que usen los interrogantes que llevaré esta escritura y relación, y se hagan a la manera de hablar desta gente, si quieren entender su manera de decir, porque por la mayor parte hablan por interrogante, en lo que hablan por negación”.¹¹⁹

A pesar de eso, el redactor –posiblemente fray Martín de la Coruña o uno de los frailes de su convento– adapta ocasionalmente al lector español las instituciones tarascas al

llamar, por ejemplo, al sumo sacerdote “papa”, como hacía Díaz del Castillo y “vino” a la bebida alcohólica de los indígenas. Esta adaptación se daba también a la inversa cuando los indígenas, al relatar sus experiencias, se referían a los caballos como venados.

Este comportamiento de los colonizadores y misioneros españoles puede hacerse valer en positivo también para las colonias portuguesas y para las misiones de los jesuitas en el Extremo Oriente y hacerse extensivo a muchos misioneros de las confesiones cristianas que, movidos por el celo religioso, dedicaron sus esfuerzos a comunicar lo propio y, sin duda, a recibir la comunicación de lo ajeno. Ya a mediados del XVII, el jesuita español José de Anchieta iniciará en Brasil la literatura culta de este país, escribiendo en español, portugués y tupí, lengua la más extendida en la zona costera y de la que hará una gramática.

Pecaríamos de injustos si en esta presentación del intérprete/traductor hispanoamericano de la Conquista como “modelo” de la actuación del traductor en el encuentro de las culturas, no hiciésemos mención de, al menos, de otras dos personalidades religiosas como la del leonés Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima y traductor del catecismo al quechua y al aymara –que cuajó méritos como enlace entre los pueblos de Perú– y la de Juan de Zumárraga, primer obispo de Méjico, a quien se debe la construcción de la hermosa catedral que preside el Zócalo de la capital y promotor del colegio de Tlatelolco, fundado en 1533, en el que se han enseñado las latinidades a los indígenas y en el que, según confesión de Motolinía, han destacado algunos alumnos, que componían “oraciones largas y bien autorizadas y exámetros y pentámetros”.¹²⁰

LA EXPLORACIÓN. Junto a la Conquista y la Evangelización hay un tercer aspecto del encuentro hispano-americano en el que el problema de la comunicación y, consiguientemente, el intérprete han desempeñado un papel decisivo: la exploración. De las dos etapas que se pueden distinguir en la actuación del intérprete, la de la comunicación utilitaria, a la que alude Las Casas, y la de la recuperación del saber lingüístico y la

¹¹⁸ Anónimo, *Relación de Michoacán*. Historia 16, Madrid, 1989, p. 29. A este respecto la afirmación del fraile michoacano parece en total desacuerdo con la pretendida castidad que Las Casas supone en los indios, ya que en el capítulo XXXVI de la Apologética Historia dice textualmente: “(...) como no se puede cognoscer por la templanza de usar de sus propias mujeres, que no parece que las tienen para otra cosa que para sustentar solamente la humana especie” (op. cit., p. 92).

¹¹⁹ Ib., p. 34.

¹²⁰ Igualmente se han compuesto guías de conversación pastoral como los confesonarios. Algunos de estos trabajos se sirvieron de la escritura pictográfica.

cultura tradicional a través de este, la exploración ha sido posiblemente la actuación menos comprometida con la recuperación filológica, pues la ausencia de una expectativa de asentamiento ha desprovisto de un interés lingüísticamente más fundado a la comunicación. Lo práctico, es decir, la resolución del problema inmediato de entendimiento ha tenido que primar, aunque no por eso se ha prescindido de la organización del correspondiente lingüístico.

Los exploradores son los que más se han atendido al lenguaje por señas, aunque cuanto mayores han sido las posibilidades de plática mayor ha sido el interés que les producía el contacto a través de los intérpretes. En todo caso a la “seña” que indicaba el “real” le ha seguido el “término” como respuesta a la “interrogación intuitiva”. Así se fueron poniendo nombres, fijando equivalencias y creándose los “vocabularios” para uso personal. Ya hemos mencionado como en las fuentes historiográficas se recogen los viajes de Grijalva, de Hernando de Córdoba, etc., en los que las lenguas acompañaban la descubierta de nuevas tierras. El caso de Álvar Núñez Cabeza de Vaca puede valer como modelo de interacción entre el explorador, “las lenguas” y las gentes descubiertas. Solo unos apuntes sobre su modo de proceder comunicativo.

Después de haber partido de Cuba como tesorero de la expedición de Pánfilo de Narváez a la conquista de Florida, tuvo que contentarse inicialmente con la tarea de relator de las experiencias obtenidas a lo largo de su particular “Anábasis”, que, desde las costas de Florida, le llevó, tras su naufragio en aquellas inhóspitas tierras, hasta Méjico. En el capítulo IV de sus “Naufragios”, después de mencionar el encuentro con cuatro indios a los que les muestran unos granos de maíz, hace frecuentes alusiones a la utilización del lenguaje universal de las señas:

*“Ellos nos dijeron que nos llevarían donde lo había (...). Por señas preguntamos a los indios de donde habían habido aquellas cosas (...).”*¹²¹.

Difícilmente el verbo “decir” puede tener el sentido primario del término y más bien debe referirse a los gestos y señas por los que los indígenas les dan a entender dónde se encuentran los graneros de semejante cereal, tal y como queda expresado en el verbo “preguntar”. Que el relator debería haber

utilizado otros términos como indicar/señalar, etc. es obvio, pero el interés de Cabeza de Vaca no iba a la precisión lingüística cuanto el sentido del relato. Un poco más adelante los indios les dan a entender (“señalaronnos” es el verbo utilizado) que

*(...) “muy lejos de allí había una provincia que se decía Apalache y hacía señas de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimábamos en algo (...).”*¹²².

Posteriormente en encuentros sucesivos con otras tribus de lengua distinta, se da a entender por señas:

*“hicelos entender por señas cómo se nos había hundido una barca (...).”*¹²³.

A pesar de las limitaciones del lenguaje de señas, los indios le hacen entender asuntos con un importante grado de complicación comunicativa:

*“Mas visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba más cerca y más cierta la muerte, no curé de lo que decían, antes rogué a los indios que nos llevarsen a sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello.”*¹²⁴.

Con esta auto-invitación impuesta, los castellanos asumían el riesgo de ser devorados en ritos caníbales, si bien, dado el grado de desnutrición que sufrían, se salvarían de la primitiva cazuela a la que estaban destinados.

En sus posteriores andanzas por tierras del Paraguay, Cabeza de Vaca, ya más duchos en la empresa descubridora, intenta disponer siempre de un servicio de traducción, bien indígena, bien español. A esas alturas del siglo XVI (los años 40), los contactos ya van calado en la sociedad mestiza que está surgiendo y cierto es que hay ya una comunicación menos dificultosa entre “llegados” y “hallados” que en la década anterior. Así, cuando de regreso en Ascensión de un viaje a Buenos Aires, se le presentan las quejas tanto por parte de los pobladores como de los conquistadores contra los oficiales de su majestad, congregará a unos y otros para, en presencia de religiosos y clérigos, inculcarles el cumplimiento de las leyes emanadas de la corona relativas al trato de los indígenas. Los frailes serían los encargados

¹²² Ib., p. 7.

¹²³ Ib., p. 25.

¹²⁴ Ib., p. 26.

de avisarle en caso de que se contraviniesen las reglas del trato humano y del “especial cuidado” en la doctrina y enseñanza de los indios naturales. Serán estos mismos misioneros los encargados de encomendar a los indios que se abstengan de la antropofagia, extremo este que indica que ya existía un número considerable de religiosos (aunque estamos todavía lejos de las posteriores reducciones) que hablaban perfectamente las lenguas de la cuenca del Paraná o, al menos, el guaraní.

*“Y allende de esto, les fue dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacían a Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron (...). Esta generación de los guaraníes es una gente que se entienden por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generación, si los captivan en las guerras, tráenlos a sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen a engordar y le dan todo cuanto quiere a comer, y a sus mismas mujeres e hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordallo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios”.*¹²⁵

La acendrada conciencia comunicativa, quizás forjada en sus andanzas por Florida, donde había dependido de los signos, le hace estimar los servicios de las lenguas por encima de todo. En cierta ocasión, el Gobernador, es decir, él mismo interrumpirá su exploración del Paraguay para realizar las pesquisas pertinentes entre los indígenas y contratar los servicios de un faraute guaraní del que ha tenido noticias:

*“Porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generación de los guaraníes, que había estado captivo mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabía su lengua, y sabía su tierra y asiento donde tenían sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios payaguaes (que fueron los que mataron a Juan de Ayolas y cristianos), y por vía de paz haber de ellos oro y plata que le tomaron y robaron (...) y habiendo hablado y platicado con ellos, les dijo la necesidad que tenía del indio que había sido captivo de los indios payaguaes, para lo llevar por lengua y intérprete de los indios, para los traer a paz y concordia”.*¹²⁶

Es este uno de tantos episodios que demuestran que el encuentro humano, la pacificación y la convivencia dependían no solo de la voluntad de unos y de otros, sino tam-

bién de la posibilidad de comunicación entre ambos bandos.

Al de Cabeza de Vaca podíamos añadir cientos de casos de conquistadores y descubridores frustrados (Soto, Aguirre, Grijalva, etc.) a los que la suerte redujo a la condición, más modesta o menos gloriosa, de exploradores, pero que en la persecución de El Dorado o de Jauja tuvieron que ir dando palos de ciego en un medio humano y natural con el que no se podían comunicar hasta que la lengua organizada y sistemática de los farautes les dio la posibilidad de saber lo que realmente habían hecho: descubrir un mundo nuevo mientras seguían derroteros equivocados.

CONCIENCIA HISTORIOGRÁFICA Y TRADUCTORA. Finalmente no quisiéramos dejar de mencionar, aunque sea de pasada, la conciencia historiográfica que anima a muchos de estos cronistas, conscientes de que sus escritos están llamados a atraer el interés erudito sobre una realidad y un pasado desconocidos. Muchos de ellos son muy conscientes de que la exposición histórica de los resultados que esa quintuple actuación española (conquista, colonización, exploración, administración y evangelización) ha producido será objeto de interés científico universal y, consiguientemente, de traducción. A esta se orienta más de un atisbo de preceptiva traductiva. López de Gómara tiene bien claro que la traducción de las relaciones, crónicas, “décadas”, antigüedades y demás escritos documentales sobre los hechos, redactados en una u otra lengua, pueden ser desvirtuados si no se procede con cautela filológica. En su *Historia General de las Indias*, de 1551, escrita en romance, advertía a los posibles traductores:

*“Algunos, por ventura, querrán trasladar esta historia a otra lengua, para que los de su nación entiendan las maravillas y grandezas de las Indias, y conozcan que las obras igualan, y aun sobrepujan, a la fama que de ellas anda por todo el mundo. Yo ruego mucho a los tales, por el amor que tienen a las historias, que guarden mucho la sentencia [el sentido], mirando bien la propiedad de nuestro romance, que en muchas veces ataja grandes razones con pocas palabras. Y que no quiten ni añadan, ni muden letra a los nombres propios de los indios, ni a los sobrenombres españoles, si quieren hacer oficio de fieles traductores”.*¹²⁷

Consciente del valor de *lingua franca* que todavía tenía el latín y barruntando que alguien, para dar mayor conocimiento de lo

¹²⁵ Ib., p. 103.

¹²⁶ Ib., p. 140.

¹²⁷ Op. cit., p. 23.

escrito, intentaría verter su obra a esta lengua, advertía que él ya lo estaba haciendo:

"También los aviso cómo compongo estas historias en latín, para que no tomen trabajo en ello... La hago de momento en castellano porque gocen de ella primero todos nuestros españoles. Quedo haciéndola en latín más despacio, y la acabaré pronto".¹²⁸

No sabemos si esa misma conciencia ha sido la que movió a Bartolomé de las Casas a hacer "brevisísima" su "relación". Ciertamente consiguió una recepción a través de la traducción que, de haber existido el reconocimiento de los derechos de autor, habría sido el primer best-seller de la historia en formato moderno.

Como Jerónimo, Maimónides o Vives, estos sencillos pero bien preparados siervos de la palabra se han percatado de las vicisitudes de la traducción. Fray Andrés de Olmos, por ejemplo, habría traducido estos textos, fijados en náhuatl, al castellano, tal y como atestigua Bartolomé de las Casas en su *Apológica Historia*,

(...) *"fielmente, sin quitar cosa que fuese de sustancia, sacando sentido, no palabra de palabra; porque, como dijo él en un prologo que a las dichas pláticas y exhortaciones hizo, a veces una palabra en aquella lengua requiere muchas de las nuestras, y una de las nuestras comprende muchas de las suyas..."*.¹²⁹

Por su parte, muchos de ellos manifiestan esa conciencia propia del traductor y del filólogo que juzga irreproducible los términos o conceptos de un pueblo (efectivamente muchos de ellos, a pesar de los universales lingüísticos o la globalización, son irreproducibles) y que obliga a darlos al lector en su originalidad para que así este incremente su patrimonio mental con las aportaciones de la alteridad. En este sentido, el caso de Sahagún es modélico: toda su *Historia* está plagada de términos específicos como *Tlalpoyomatli*, *Tizaapan*, *oloti* y un sinfín de ellos, a los que solo en ocasiones encuentra la equivalencia, pero a los que el contexto permite atribuir un significado.

También cabe señalar que muchos han emprendido estas redacciones y traducciones con la conciencia de la funcionalidad o de la provisionalidad que exigirían un per-

feccionamiento retórico. Por eso, el autor de la relación de Michoacán, dirigida al Virrey Mendoza de Méjico, encarga a este la tarea de la corrección estilística:

"Vuestra Señoría haga pues enmendar y corregir y favorezca esta escritura, pues se empezó en su nombre y por su mandamiento, porque esta lengua y estilo parezca bien a los lectores y no echen al rincón lo que con mucho trabajo se tradujo en la nuestra castellana".¹³⁰

AL FINAL DE LA COLONIA. Esta atención a los temas lingüísticos ha continuado a lo largo de toda la Colonia. Cabría colofonar el presente trabajo, que es solo una aproximación al tema "traductores e intérpretes en la América hispana", mencionando la personalidad de Máximo Rodríguez, soldado peruano de la infantería de marina española e intérprete, quien se embarca en la expedición ordenada por el virrey Amat de Perú a la Polinesia en la segunda mitad del XVIII. Habiendo aprendido empírica y autodidácticamente algunos vocablos tahitianos, aumentaría sus conocimientos lingüísticos en Perú gracias al contacto con los indígenas que una primera expedición habían llevado a Lima. Vuelto en una segunda a las islas del sur, tras tocar la de Pascua, actuaría de antropólogo, coleccionista y fedatario en el tratado entre el soberano de Tahití y el Rey de España, dejando un interesantísimo *Diario*¹³¹ así como *Vocabulario español tahitiano* que, por desgracia, se perdió. Así pues, entre Aguilar y Martínez queda una anónima turbamulta de eruditos, a su manera al menos, que hicieron de la equivalencia, de la comprensión, de lo distinto su motivación vital.

A MODO DE CONCLUSIÓN. A pesar de que, comparada con los modernos estudios historiográficos, la mayoría de los cronicones y relatos de la Colonia manifiestan un carácter naif -carácter que, por lo demás, manifiesta toda la historiografía de la época-, hay que reconocer que la lectura de los mismos impresiona 1) por un interés extraordinario, e inusitado hasta entonces, por recuperar y registrar para la memoria de la posteridad y de la lejanía los episodios, tanto terribles y grandiosos como íntimos y cotidianos, de ese encuentro milenario; 2) idéntico interés por la observación admiradora y extrañada

¹²⁸ Citado según Francisco López de Gómara, *Historia General de las Indias*. Barcelona 1985, p. 26.

¹²⁹ Citado según León-Portilla, *Testimonio...*, p. 11.

¹²⁹ Op. cit., p. 78.

¹³⁰ Anónimo, *Relación de Michoacán*, p. 34.

¹³¹ Ha sido publicado por Historia 16 bajo el título de *Españoles en Tahití* en la colección de Crónicas de América, 1992.

de las diversas y diversificadas culturas y lenguas que la Colonia va incorporando en un cuadro de convivencia, al tiempo justo e injusto, que se perpetuó durante tres siglos; 3) y –sobre todo importante para los que nos dedicamos a historiar la actividad versora e interpretativa a lo largo y lo ancho del mundo y dar a entender su importancia a una sociedad que la desconoce– una marcada afición a destacar la tarea y función de unos servidores de la palabra que, sumidos en la vorágine del tiempo y sus contingencias, supieron sentar con su esfuerzo y su saber las

bases para un mejor conocimiento y mutuo trato de las diversas partes. Con ello sentaron un precedente que no ha sido continuado por una historiografía que, con su actitud, ha impedido que la sociedad tome conciencia del papel desarrollado por los profesionales de la comunicación.

Miguel A. Vega